

PQ6560

.C8



# EL CRISOL DE LA LEALTAD.

COMEDIA

EN TRES JORNADAS

ORIGINAL DE

**DON ANGEL DE SAAVEDRA,**

*Duque de Rivas.*



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

# PERSONAS.

PQ6560  
.C8

LA REINA DE ARAGON, *dama*.  
DOÑA ISABEL TORRELLAS, *dama*.  
DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *galan*.  
DON LOPE DE AZAGRA, *barba*.  
MAURICIO, *monge benito*.  
EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA, *viejo*.  
FORTUN TORRELLAS, *viejo*.  
JOFRE DE ALVERO, *galan*.  
ALVARO GARCÉS, *galan*.  
BERRIO, *gracioso*.  
SANCHA, *graciosa*.  
ANTON, *ventero*.  
RITA, *ventera*.

## COMPARSAS.

RICOS-HOMBRES é INFANZONES.  
CLÉRIGOS *del séquito del arzobispo*.  
TRES CABALLEROS *del séquito de Torrellas*.  
CUATRO IDEM *del séquito de don Lope de Azagra*.  
DAMAS. . . }  
PAGES. . . } *de la reina*.  
GUARDIAS. }  
CUATRO VILLANOS *del séquito de don Lope de Azagra*.

La acción pasa en Zaragoza y sus cercanías el año 1163.

*Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

199181

1913

Al Ilustrísimo Señor Don Juan  
Nicasio Gallego:

*en testimonio de antigua, cons-  
tante y respetuosa amistad,*

El Duque de Rivas.





# Sornada primera.

## ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la espaciosa cocina de una venta en las cercanías de Zaragoza. Aparecen ANTON atizando el hogar y RITA mirando á la puerta con inquietud.

- RITA. Mal fuego de Dios, amén,  
sobre esa gente maldita  
caiga, y pronto.
- ANTON. Calla, Rita.  
Prudencia y cachaza ten.
- RITA. ¿Cachaza y prudencia, Anton,  
cuando al punto en que llegaron  
ayer tarde, nos robaron  
dos ovejas y un lechon?  
y gracias que en el pajar  
estaban ya las gallinas.  
Dime en fin qué determinas,  
pues voy la puerta á atrancar.
- ANTON. (*Acercándose.*)  
¿Sancha y Berrio no han salido  
á recoger el ganado...?  
pues cuando esté á buen recado  
tomaremos un partido.
- RITA. El de la venta cerrar  
y defender nuestra hacienda.
- ANTON. (*Receloso.*)  
El diablo que la defienda,  
que en ello se puede errar.
- RITA. (*Con viveza.*)  
Defenderse de ladrones

- es justo.
- ANTON.                   ¿Y estos lo son...?
- RITA.                    Las ovejas y el lechon  
lo dirán.
- ANTON.                   No mas razones.  
Calla la boca, muger.  
Esas gentes por momentos  
armas reciben y aumentos:  
...sabe Dios lo que va á haber.  
Ya has visto que no encontraron  
en el vecino castillo  
resistencia, y el rastrillo  
al punto les franquearon.
- RITA.                    Porque de Nuño Atarés,  
hijo de aquel infanzon  
á quien no quiso Aragon  
por su soberano, es.  
Y siempre anda desabrido,  
y de la reina se queja.
- ANTON.                  Pues á los señores deja  
tomar tal ó cual partido.  
Y traten los cortesanos  
de estas cosas, que nosotros,  
manden unos, manden otros,  
no salimos de villanos.
- BERRIO.                (*Dentro y dando grandes voces.*)  
Arre... ¡jó...! — ¡Maldita burra!  
Sancha, abre bien... — Arre... ¡jó!
- SANCHA.                (*Dentro.*)  
Ya todo el ganado entró.
- ANTON.                 (*Desde la puerta.*)  
Que el morueco no se escurra.
- Salen SANCHA y BERRIO con hondas en la mano y muy cansados.
- BERRIO.                Ya está todo en el corral,  
hasta el morueco marrajo;  
no ha sido poco trabajo.  
¡Qué arisco es el animal!
- RITA.                    ¿Y los cerdos? — ¿Y el pollino?
- BERRIO.                De los cerdos... faltan dos.
- RITA.                    Maldito seas de Dios.



¿Dónde...?

BERRIO.

¡Toma...! El peregrino lo sabe.

RITA:

¡Juan ladron!

BERRIO.

(*Poniéndose el dedo en los labios, y acercándose á Rita.*)

¡Chii!!!

que á venir al punto va,

¡y tiene un gesto, que ya!

RITA.

¡Jesus! ¿Va á encajarse aqui?

BERRIO.

Él lo dice.

ANTON.

¿Pues le has visto...?

BERRIO.

Sancha...

SANCHA.

(*Interrumpiéndole.*)

Mentira.

BERRIO.

Sí, tú:

¡curiosa de Belcebú!

ANTON.

(*Impaciente.*)

Expílicate, voto á Cristo.

BERRIO.

Sancha la burra montó

para carear el ganado,

y á carrera por el prado...

SANCHA.

La burra se me escapó.

BERRIO.

Ya se ve que escapó. Como

hace siempre que le arrima

la persona que va encima

un aguijonazo al lomo.

SANCHA.

Fué porque...

BERRIO.

Entre los encabros

vió soldados la pollina,

y siempre se desatina

por ir donde oiga requiebros.

SANCHA.

¡Malicioso!

BERRIO.

A la cañada

corrió en fin, y yo tras de ella,

pues no debe una doncella

correr sola despeñada.

Y á ese hombre con otros seis

nos hallamos.

RITA:

¡Ay qué miedo!

¡Jesus!

BERRIO.

Afirmaros puedo

:

SANCHA.  
BERRIO.

que de milagro me veis.  
Se me heló todito el cuajo.  
Y á mí tambien.

Quiá. ¡Sanchica!

Si al fin logró la borrica  
escuchar un requebrajo.  
Yo sí, que caí de rodillas  
de pié á cabeza temblando,  
cual si estuvieran bailando  
en mi cuerpo las costillas.

Y la maldita vision

*¿quién son (dijo) los villanos?*

y yo cruzadas las manos  
le respondí: hija de Anton  
es esta mala doncella.

Hija de Anton el ventero,  
y yo su novio, que quiero  
casarme, señor, con ella.

Y el duende repuso: *Bien.*

*Pues que en su venta me espere,  
si es que fiel mostrarse quiere,  
al tal Anton le preven.*

*Y porque no tenga quejas  
de mí, dale este dinero,  
que con él pagarle quiero  
tres cerdos, y dos ovejas.*

Y esta me dió.

*(Saca una bolsa con dinero.)*

RITA.

*(Tomándola y examinándola.)*

¡Virgen pura!

Tres veces hay su valor.

ANTON.

Pues si es tan buen pagador  
venga con buena ventura.

BERRIO.

Y á Sancha tambien...

SANCHA.

Tambien

me dijo: *Hermosa doncella... —*

BERRIO:

No hubo hermosa, miente ella.  
Doncella solo, y va bien.

SANCHA.

Sí señor.

BERRIO.

No, que es tramoya.

SANCHA.

*(Sacando del pecho una cruz de oro.)*

Y díome esta cruz, mirad.

- RITA. (*Pasmada.*)  
A ver... ¡de oro...! Una ciudad  
vale. ¡Ay Dios, qué rica joya!  
marido...
- ANTON. Rita, ¿lo ves?  
prudencia y cachaza, sí;  
que el tal me parece á mí,  
que lo que se sueña es.
- BERRIO. Tambien nos dijo ese coco...
- RITA. Ese señor.—Mas despacio.
- BERRIO. *Esa venta en un palacio  
se tornará de aquí á poco.*  
Lo que me hace sospechar  
que es algun brujo, hechicero,  
que es carbon ese dinero,  
que la venta va á volar.  
Y... si es asi... ¡guarda, Pablo!
- RITA. ¿No ves que una cruz nos dió?
- BERRIO. Siempre diz que se escondió  
detras de la cruz el diablo.
- RITA. (*Sorprendida.*)  
¿No oyes caballos, Anton...?  
¡ay...! ¿si será...? Yo estoy muerta.
- ANTON. Déjate, desde la puerta  
observaré quiénes son.  
(*Se acerca al bastidor.*)  
¡Ay Rita...! ¿Sabes quién es?  
Torrellas nuestro señor,  
con otros cuatro al reedor,  
y con Alvaro Garcés.
- RITA. (*Cuidadosa.*)  
¡Ay cielos...! Que está esa gente  
tan cerquita no sabrán,  
y acaso los prenderán...
- ANTON. (*Con malicia.*)  
Muger, no seas inocente.  
Corro á tener el estribo  
á Torrellas mi señor.  
No te asustes, ten valor,  
que no hay de miedo motivo. (*Vase.*)

Salen embozados FORTUN TORRELLAS, JOFRE DE AL-  
VERO, ÁLVARO GARCÉS y tres CABALLEROS.

- TORRELLAS. ¡Ó buen Anton! ya veo  
que fiel me conociste  
desde el mismo momento en que me viste,  
y que servirme es siempre tu deseo.  
¿Y Rita y Sancha, buenas?
- ANTON. De gozo al veros, como deben, llenas.
- BERRIO. (*Adelantándose.*)  
Los cerdos, las ovejas y pollinos...
- ANTON. (*Deteniéndolo.*)  
Calla, animal, no digas desatinos.
- TORRELLAS. Muy guapa está Sanchica.
- BERRIO. (*Adelantándose otra vez.*)  
Se escapó esta mañana en la borrica...
- RITA. Vete, bruto, de aquí.
- TORRELLAS. ¿Quién es...?
- BERRIO. Nostramo,  
Berrío el zurdo me llamo,  
y soy mozo porquero,  
y seré, si Dios quiere, para enero  
el marido de Sancha,  
de lo que está, señor, ella tan ancha,  
y tanto que quisiera  
que el matrimonio este verano fuera.  
Mas yo estoy hoy mohino  
y ronco y fatigado  
porque ella y el morueco  
han hecho cosas que me tienen seco.
- TORRELLAS. (*Llamando á Anton aparte.*)  
Decidme, Anton hourado,  
¿habeis visto al anciano peregrino,  
que en el fuerte vecino  
de Atarés mi pariente  
se ha alojado esta noche con su gente?
- ANTON. (*Con aire reservado.*)  
Sancha y el mozo diz que lo encontraron  
esta mañana, y que con él hablaron.
- TORRELLAS. ¿Y con qué compañía  
te han dicho, Anton?

ANTON. (Llamando á su hija.)  
Escúchame, hija mia.

(Habla con ella aparte y en secreto, y luego dice:)

Con cinco hombres no mas.

TORRELLAS. Ponte á la puerta,  
y para ver si vienen está alerta.

ANTON. Venid todos conmigo.  
(Vanse Anton, Rita, Sancha y Berrio.)

TORRELLAS. El tal roméro  
cual es se porta á ley de caballero.  
Seis á seis la entrevista  
tendrá lugar.

GARCÉS. El cielo nos asista  
para ver la verdad distintamente,  
y poder resolver lo conveniente.

TORRELLAS. ¡Ojalá, amigos, que quien dice sea!  
Yo le conoceré cuanto lo vea,  
pues aun no se borró de mi memoria  
aquel aspecto de grandeza y gloria.

ALVERO. Tampoco yo olvidado  
tengo su altivo porte y su semblante.  
Que, aunque muy jóven, combatí á su lado,  
y le vi lanza en ristre y arrogante  
entrar en hora aciaga  
en medio de los moros allá en Frága,  
en donde le perdimos,  
y de su arrojo audaz víctimas fuimos.

GARCÉS. ¡Ojalá sea! Y Aragon recobre  
su perdido poder, y estienda sobre  
Castilla su dominio,  
tornando á ser de infieles exterminio.

Salen corriendo y asustadas, queriendo refugiarse detrás de  
Torrellas, RITA y SANCHA, y con ellas BERRIO.

RITA. ¡Virgen Santa bendita!

SANCHA. Amparadnos, señor...

TORRELLAS. ¿Qué es esto, Rita?

BERRIO. Que ya viene...

SANCHA. ¡Qué miedo!

RITA. Estoy sin tino.

Sale ANTON.

- ANTON. (*A Torrellas.*)  
Aqui llega, señor, el peregrino.
- TORRELLAS. A su encuentro salgamos.  
(*Al encararse á la puerta queda asombrado, y retrocede poco á poco respetuoso y confundido.*)  
¿Mas qué veo?  
¿Es ilusion falaz de mi desco?  
¿Gran Dios...! él es... No hay duda.
- ALVERO. (*Mirando asombrado á la puerta.*)  
Si... mas del tiempo la carrera muda  
ha alterado su rostro.
- TORRELLAS. ¿Santo cielo!
- GARCÉS. Me ha convertido la sorpresa en hielo.

Salen DON LOPE DE AZAGRA, con un ropon y esclavina de peregrino: MAURICIO con hábito de monge: cuatro CABALLEROS vestidos de cazadores, dejando ver armas de guerra bajo los sayos, y cuatro VILLANOS. — Don Lope se despoja con nobleza del traje de peregrino, y queda armado, con sobreveste roja, y el collar de la orden del Santo Sepulcro, y se dirige sin vacilar con los brazos abiertos á Torrellas.

- D. LOPE. Noble Fortun Torrellas,  
cuya fama se encumbra á las estrellas,  
y en quien miro y contemplo  
de honor y de lealtad tan vivo ejemplo:  
ven, y en estrechos lazos,  
pues que en mi apoyo tu favor consigo,  
te ciñan hoy los brazos  
no de tu rey, de tu constante amigo.
- TORRELLAS. (*Hincando las rodillas y enagenando de gozo y de respeto.*)  
No es posible que dude  
honra y dicha tan alta, pues acude  
tanto recuerdo grato  
á mi pecho do vive tu retrato,  
que por mi rey amado te pregonó.  
Y de ayudarte á recobrar el trono

te hago pleito-homenaje ,  
no en tus brazos, señor, do me levantas,  
sino á tus regias plantas,  
rindiéndote el debido vasallage.

D. LOPE.

*(Levantándolo.)*

Alza, y ven á mi pecho.  
Y porque mas seguro y satisfecho,  
libre de toda duda,  
tu noble esfuerzo á mi servicio acuda;  
y porque la verdad hoy testifiques,  
y en Aragon publiques  
que Alonso, emperador de las Españas,  
aquel á quien valieron sus hazañas  
tan glorioso renombre,  
que de batallador mereció el nombre,  
soy yo; y porque asegures la falsía  
con que se publicó que muerto habia  
en la accion aciága,  
castigo del Señor, cerca de Frága,  
claras, nuevas señales  
quiero mostrarte á tí y á estos leales.

*(Separa la veste y enseña una cicatriz.)*

¿Recuerdas esta herida  
que al bravo Albucalem costó la vida  
cuando aqui en Zaragoza holló triunfante  
mi regia planta el bárbaro turbante?

*(Torrellas da muestras de reconocerla.)*

Sí, tú fuiste el primero  
que viendo en tierra mi tajante acero  
en aquella jornada,  
me alargaste tu espada.

Y vive Dios, Torrellas, que venia,  
pues fuistes un portento en aquel dia,  
toda de sangre bárbara bañada.

*(Mostrando un eslabon roto del collar.)*

¿ Ves este collar roto,  
de la orden sacra del Sepulcro Santo,  
que en Pamplona fundé cumpliendo un voto,  
y que de los infieles fué el espanto?  
Recuerda que en mi pecho,  
estando tú de mí, muy corto trecho,  
lo rompió la violencia

de una lanza en el cerco de Valencia.

*(En reserva á Torrellas.)*

¿Y olvidastes acaso, fiel amigo,  
el aviso secreto,  
importante á mi honor y á mi respeto  
que me diste sagaz, con que el castigo  
de Pero Anzures suspendí prudente,  
para ganar la castellana gente?

*(Torrellas da muestra de recordarlo atónito.)*

¿Y este anillo real, no lo conoces?

*(Enseña una sortija.)*

TORRELLAS. *(Besándole la mano.)*

Basta, señor: el cielo santo á voces  
que sois mi rey me dice;  
y á quien lo dude con furor maldice.  
Alvaro de Garcés, Jofre de Alvero,  
aragoneses todos: yo aseguro,  
y lo defenderé con este acero,  
que don Alonso emperador es este,  
que la bondad celeste  
devuelve á nuestro amor.

*(Hincando una rodilla, y estendiendo la mano derecha.)*

Y yo le juro

obediencia y lealtad.

ALVERO, GARCÉS, los tres CABALLEROS, BERRIO,  
ANTON y los cuatro VILLANOS. *(Hincando la rodilla y  
estendiendo la mano.)*

Y lo juramos

todos tambien.

MÁURICIO. *(Poniéndose en medio con dignidad.)*

En nombre de Dios vivo,

como su sacerdote, yo recibo

el santo juramento,

y os exhorto á su pronto cumplimiento.

D. LOPE. Alzad, vasallos fieles, *(Levántanse todos.)*

que ya de nuevos triunfos y laureles

juzgo mi frente orlada,

y de Aragon la gloria asegurada.

*(Accercándose afectuosamente á Jofre de Alvero.)*

Llega, gallardo Alvero.

¿Qué espigado y gentil! — Aunque muchacho



no diste á los infieles mal despacho  
 en aquel lance de contrario agüero.  
 Pienso que fué tu estreno en aquel dia:  
 ibas por cierto en una jaca pia.

(*Alvero le besa la mano.*) — (*Acercándose á Garcés.*)

¿Y tú, Garcés...? ¡cuán bravo caballero  
 era tu padre! la primera lanza  
 de Aragon... ¿dónde está?

GARCÉS.

Señor, es muerto

en San Pedro de Arlánza,  
 donde se retiró juzgando cierto  
 vuestro fin desastrado.

D. LOPE.

De lealtad y valor era un dechado.

(*Le besa Garcés la mano.*)

— No perdamos, Torrellas, ni un momento.

A Zaragoza parte,  
 dando mi nombre al viento  
 y alzando de lealtad el estandarte:

Y dile á mi sobrina  
 que tema de la cólera divina,  
 y de mi noble esfuerzo la venganza,  
 si al punto sin tardanza  
 su rey no reconoce en mí, y su tío,  
 el trono devolviéndome, que es mio.

TORRELLAS.

Señor, á obedeceros  
 con estos valerosos caballeros,  
 patentizando al mundo  
 que vive vuestro esfuerzo sin segundo  
 iré. Y el pueblo fiel de Zaragoza,  
 que escasas dichas y venturas goza  
 desde el momento que os perdió, la nueva,  
 que hoy de nuestra lealtad la voz le lleva,  
 oirá con entusiasmo y alegría  
 y os abrirá sus puertas este día.  
 Mas para combatir cumplidamente  
 las dudas y razones,  
 que opuestos intereses y opiniones  
 puedan acaso entre la ruda gente  
 esparcir (porque dan tan largos años  
 lugar á recelar dolos y engaños),  
 dignaos de darme relacion cumplida  
 de cómo fué vuestra preciosa vida

en la ocasion salvada;  
 y de dónde eclipsada  
 tan largo tiempo estuvo,  
 y escondida y oculta se mantuvo  
 la magestad augusta que adoramos,  
 y que hoy, gracias al cielo, recobramos.  
 Fortun Torrellas, tu prudencia es mucha.  
 Sí, todo lo sabrás: atento escucha.  
 Viendo en los campos de Frága,  
 donde Dios airado quiso  
 dar á mis muchos pecados  
 con la derrota el castigo,  
 que por momentos crecian,  
 como mar embravecido,  
 los escuadrones infieles  
 sobre los pendones míos;  
 y conociendo que solo  
 de tan tremendo conflicto  
 hallar pudiera el despecho  
 de salvacion un camino,  
 elegí trescientas lanzas,  
 la flor del hispano brio,  
 y arrojéme á su cabeza  
 en brazos de mi destino.  
 Arrollé como un torrente  
 los escuadrones moriscos,  
 sus mas bravos adalides,  
 y sus jeques de mas brio.  
 Al empuje de mi lanza  
 cayeron en sangre tintos,  
 como en la selva al empuje  
 caen del huracan los pinos.  
 Mis servidores leales  
 hicieron raros prodigios  
 de valor; mas todo en vano,  
 pues Dios nos negó su auxilio.  
 Y ya casi todos eran  
 víctimas de su heroismo,  
 cuando de un bote de lanza  
 vine á tierra sin sentido.  
 El sol tras los negros montes  
 buscaba ansioso un asilo,

D: LOPE:

horrorizado y medroso  
del estrago que había visto.  
Y los fieros musulmanes  
á acabar el exterminio  
de mis desdichadas huestes  
avanzaron de aquel sitio. —  
— Era ya entrada la noche  
cuando volviendo en mí mismo,  
de cadáveres cercado,  
de armas rotas y de heridos  
me encontré. Y á Dios el voto  
hice, al encontrarme vivo,  
de ir desde allí á Palestina,  
y ante el Sepulcro de Cristo  
pedir perdon de mis culpas,  
penitente y peregrino,  
rogando con lloro al cielo  
se me mostrase propicio.  
Quitéme la veste regia,  
que destilaba hilo á hilo  
negra sangre, y el almete  
de la corona ceñido.  
Y sobre el yerto cadáver,  
que vi cerca del invicto  
Azagra (en quien semejanza  
hallaban muchos conmigo),  
tiré ambas prendas, guardando  
este collar y este anillo:  
y á la luz de escasa luna,  
trepando empinados riscos  
me retiré. Unos pastores  
me dieron su estrecho abrigo  
sin conocerme. Y tomando  
pobres y toscos vestidos,  
llegar logré á los Alfaques,  
en donde el ibero río  
daba ya por su ancha boca  
al mar, pasmado de oirlo,  
la falsa y terrible nueva  
de mi muerte, en roncos gritos  
publicando de mis tropas  
el verdadero exterminio.

Una veneciana nave  
 depararme el cielo quiso,  
 y en ella saludé pronto  
 las riberas del Egipto.—  
 Visité la tierra santa,  
 y con el abad Mauricio  
 (este venerable monge  
 mi director y mi amigo,  
 que desde entonces ni un día  
 de mí se apartó), contrito  
 confesé mis culpas todas,  
 y con ásperos cilicios  
 adoré aquel mármol sacro  
 donde piadoso Dios Hijo,  
 por la rendicion del mundo  
 completó su sacrificio.—  
 Del voto que en Frága hiciera  
 libre, viéndolo cumplido,  
 tornar á mi reino quise,  
 que por hallarme sin hijos  
 encomendado creía  
 (cual mandé en un codicilo  
 que antes de partir á Frága  
 dejé de mi puño escrito),  
 del Temple á los caballeros,  
 y del Sepulcro de Cristo  
 á la orden por mí fundada  
 de mi reinado al principio,  
 y sin dejar de roméro  
 el traje, y con gran sigilo  
 mi regio nombre ocultando,  
 con solo el abad Mauricio  
 las playas dejé de Siria,  
 fiando al viento mis designios,  
 en un leño de Pisanos  
 á Génova dirigido.  
 Mas ¡ay! aun no satisfecho  
 el cielo estaba, pues quiso  
 completar de mis pecados  
 el decretado castigo.  
 Un corsario sarraceno  
 tristes esclavos nos hizo,

y en las mazmorras de Malta  
juguetes del hado fuimos.  
Allí varias veces supe  
de mi imperio los conflictos,  
ya por voz de mercaderes,  
ya por quejas de cautivos.  
Supe que mi hermano el monje  
manchó de Aragón el brillo;  
que Castilla y que Navarra  
se hicieron reinos distintos.  
Y al fin que mi roto cetro  
á manos había venido  
de mi inexperta sobrina,  
sin armas y sin prestigio.  
Y amargamente llorando,  
mas que mi infortunio mismo,  
las desdichas de estos reinos,  
y su cierto precipicio;  
logré al cabo libertarme,  
y volver, vasallos míos,  
á vuestros leales brazos,  
con los que, y con el auxilio  
de Dios, que misericordia  
empieza á ejercer conmigo,  
conseguiré prontamente  
restaurar el poderío  
de Aragón; y con mi nombre  
cegar el horrendo abismo  
á cuyo borde pendiente  
nuestra amada patria miro.  
Juzgo, valiente Torrellas,  
juzgo, infanzones altivos,  
juzgo, aragoneses bravos,  
juzgo, vasallos queridos,  
que quedareis satisfechos  
con mi relato prolijo  
de que tardanza tan grande  
en acudir al peligro  
de mi patria y de mi trono  
no fué en vuestro rey delito,  
sino voluntad del cielo  
por sus ocultos designios.

TORRELLAS. Pues que tal rey nos devuelve  
á nuestros votos propicio  
corramos á Zaragoza,  
para publicarlo á gritos.  
¡Viva el grande don Alonso!  
¡El rey viva!

TODOS. ¡Viva!

TORRELLAS. Amigos,  
no perdamos ni un momento.

TODOS. Viva Alonso largos siglos.

*(Vanse Torrellas, y todos los que salieron con él.)*

ANTON. A nuestro amo acompañemos.

BERRIO. Si es que el rey nos da permiso.

D. LOPE. Sí, marchad.

*(Vanse Anton, Rita, Sancha, Berrio y los villanos.)*

Tambien vosotros,

*(A los cuatro caballeros de su séquito.)*

encaminaos al castillo

con tan venturosas nuevas,

que yo en el momento os sigo.

*(Vanse los caballeros.)*

Asi que todos desaparecen, don Lope, fatigado y abatido, mira tristemente á Mauricio, recoge la ropa de peregrino y se la vuelve á poner lentamente.

D. LOPE. ¡Válgame Dios!

MAURICIO. ¿Qué os aflige

en tan venturoso dia...?

Yo estoy loco de alegría,

la fortuna nos dirige

por el camino mas llano

al eminente dosel,

y vais á ser vos en él

de la España soberano.

D. LOPE. Es verdad.

MAURICIO. El buen Torrellas

incauto tragó el anzuelo,

y hoy con sus brazos de un vuelo

nos encumbra á las estrellas.

D. LOPE. Al punto le conocí.

MAURICIO. Y el pobrete alucinado

creyó muy entusiasmado  
ver á don Alonso en tí. (*Se rie.*)

Mas le hablasteis de manera  
el engaño reforzando,  
y el tono de rey tomando,  
que hasta yo casi os creyera.  
Unisteis á la verdad  
de las aventuras nuestras,  
con espresiones tan diestras,  
con tal naturalidad  
del emperador el nombre,  
y los recuerdos fingisteis  
con tanto primor, que fuisteis  
mas un demonio que un hombre.

Los planes que concebimos  
en Malta entre las cadenas,  
y que cual sueños apenas  
en nuestra mazmorra urdimos,  
cumplido efecto tendrán:  
tendránlo sin duda alguna,  
pues ocasion y fortuna  
en nuestro favor estan.

— De ese rey, que murió en Frága,  
debió de ser, vive Dios,  
su semejanza con vos  
muy grande, para que haga  
efecto tan importante.

Animo pues, y osadía...  
¿ Pero qué melancolía  
ofusca vuestro semblante?

D. LOPE.

(*Muy abatido.*)  
Entre aquestos infanzones  
esperé ver á mi hijo,  
y de su ausencia me aflijo  
por poderosas razones.

MAURICIO.

¿ No os pudierais de él fiar,  
si no es posible engañarle?

D. LOPE.

La trama manifestarle  
fuera mucho aventurar.  
Ademas..., os lo confieso,  
al cabo noble nací,  
y un remordimiento en mí...

MAURICIO.

*(Incomodado.)*

¿Perdiste, don Lope, el seso?

D. LOPE.

Lo he recobrado mas bien.

Hay cosas que desde lejos

tienen hermosos reflejos ;

mas cuando cerca se ven

se conoce lo que son,

y tan viles, que se afrenta

quien las juzgó de gran cuenta

llevado de una ilusion.

Desde que puse en España

con este intento los pies,

cada dia mayor es

el tedio que me acompaña.

Y al recordar quién fui yo

en mi patria, y lo que soy,

de mí avergonzado estoy

cual siempre lo está el que erró.

¿Yo, espejo de la lealtad,

ser un traidor alevoso... ?

¿ ser fingido y mentiroso

yo, sol puro de verdad... ?

¿Yo impostor... ? ; Ah... ! me confundo.

MAURICIO.

¿Con escrúpulos andais ;

cuando caminando vais

al primer trono del mundo ?

D. LOPE.

Mauricio, sentado en él,

besando el orbe mi planta,

veré atado á mi garganta

ignominioso cordel.

MAURICIO.

*(Con sonrisa amarga.)*

Solo volviendo el pié atrás,

no entre sueños y quimeras,

sino en la horca y muy de veras,

esa lazada tendrás.

No puedes retroceder

del camino que emprendiste;

pues ya en él el pié pusiste

terminarlo es menester.

D. LOPE.

*(Profundamente agitado.)*

Sí, concluiré la carrera,

sí, saciaré mi ambicion ;



pero un noble corazon  
tiene la voz muy severa.

MAURICIO. Compon, amigo, el semblante,  
que aqui tornan los villanos.  
Desecha escrúpulos vanos,  
y adelante.

D. LOPE. (*Muy abatido.*)  
Sí, adelante.

Sale BERRIO, y se detiene como asustado.

BERRIO. ¡Ay! que el sayo se encajó,  
y asi me da mucho miedo.

MAURICIO. Hola, mozo.

BERRIO. (*Turbado.*) ¿Llegar puedo?

MAURICIO. ¿Con respeto, por qué no?

¿Quisieras servir al rey?

BERRIO. (*Tomando confianza.*)

Para güardar sus cochinos,  
sus ovejas, sus pollinos,  
unas vacas, y algun buey,  
que es de lo que sirvo á Anton,  
quisiera, pues la soldada  
mejor y mas bien pagada  
será, y buena la racion.

MAURICIO. (*Animándolo.*)

De soldado has de servir,  
como valiente vasallo,  
con una lanza, á caballo.

BERRIO. Fuera cosa de reir.

¡Estuviera buen muchacho...!

A pié sería mejor,  
que soy mal cabalgador,  
y voy hecho un mamarracho.

MAURICIO. Bien está.

BERRIO. ¿Y me casaré  
con Sancha?

MAURICIO. Sí, y puede darte  
el rey de dote una parte  
de despojos.

BERRIO. Despo... ¿qué?

MAURICIO. De botin.

:

BERRIO.

Dos necesito,  
porque con estas albarcas  
se anda mal entre las charcas,  
tras del morueco maldito.

MAURICIO.

Todo lo tendrás, ven pues  
al castillo.

BERRIO.

Con licencia  
de vuestra gran reverencia  
iré con Sancha despues,  
que alli para hilar estopa,  
y sazonar el puchero  
servirá á este caballero,  
y para lavar la ropa. (*Vase.*)

MAURICIO.

¡Qué villano tan sencillo!

D. LOPE.

Pues estos nos dan la fuerza,  
no hay sin ellos quien la ejerza.  
Vamos, que es tarde, al castillo. (*Vanse.*)

## ESCENA II.

Salon regio del alcázar de Zaragoza, cou dosel. Y sale DOÑA ISABEL y TORRELLAS.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

¡ Ay cuánto don Pedro tarda...!  
justamente en la ocasion  
en que con tanta razon  
y tal inquietud le aguarda  
mi afanoso corazon.

(*Mira á la puerta con inquietud.*)

Hoy que debe amante ufano  
de nuestra reina el permiso  
demandar, como es preciso  
para conseguir mi mano,  
¿ por qué ha de andar tan remiso?  
Que mi padre esta mañana  
salió á caza, le avisé,  
y amorosa le esperé  
del jardín en la ventana:  
mas ¡ay! á verme no fué.

(*Se pasea con inquietud.*)

Dios me valga. — Desde el día  
que apareció ese impostor  
todo es sospecha y temor,  
todo afán el alma mía,  
todo recelos mi amor.  
Mi padre anda de continuo  
de mil dudas agitado,  
don Pedro desatentado  
maldiciendo al peregrino,  
y todo el reino alterado.

*(Vuelve á pasear agitada.)*

Que se retarde me temo  
mi boda. Y aun temo mas,  
pues la discordia quizás  
llegue á un doloroso extremo  
que no recelé jamas.  
Al de enemistar ¡ay Dios!  
á mi padre y á mi amado;  
pues el calor me ha asustado  
con que disputan los dos  
sobre ese impostor malvado. *(Llora.)*

Sale DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA.

D. PEDRO.      Hermosísima Isabel,  
deidad pura á quien adoro,  
mi único bien, mi tesoro,  
rendido tu amante fiel...  
¿ Pero por qué es ese lloro ?  
¿ Por qué á tu mústio semblante  
dan sin luz los bellos ojos  
esas perlas por despojos,  
y á tu seno palpitante... ?  
¿ ...Quién causa, di, tus enojos ?  
*(Con gran ternura é interes.)*  
¿ Tú afligida, encanto mio... ?  
¿ Qué ofensas lloras, mi bien... ?  
De mi afán lástima ten,  
pues me pierdo y desvarío.  
¿ ... Quién causa tu pena, quién ?  
*(Afligida.)*  
D.<sup>a</sup> ISABEL.      Vos, don Pedro.

D. PEDRO.

¿Yo... señora?

D.<sup>a</sup> ISABEL.

¿No os avisé esta mañana  
de que sola, en mi ventana...  
Pues allí pasé una hora.

D. PEDRO.

No me condeneis tirana.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

Y en el prefijado día  
para pedir la licencia,  
con tan tibia diligencia  
retardar...

D. PEDRO.

A eso venia,  
para eso pedí esta audiencia.  
Y escuchadme una disculpa  
tan grande, dueño querido,  
que dejará convencido  
vuestro amor de que la culpa  
de tal falta no he tenido.  
La tremenda agitacion,  
que en todo el reino ha causado  
de ese embustero malvado  
la impensada aparicion,  
á Zaragoza ha llegado.  
Y como sobran traidores  
de osadía y ardimiento,  
á mi obligacion atento,  
de aquestos alrededores  
no me aparté ni un momento.  
Que cuando peligra el trono  
legítimo es justa ley  
darlo todo al abandono,  
y vigilar en su abono:  
que antes que todo es el rey.

D.<sup>a</sup> ISABEL.*(Conmovida.)*

¡Oh don Pedro...!

D. PEDRO.

Isabel mia,

tu mano no mereciera,  
si tan pura y fiel no fuera  
de mi pecho la hidalguía,  
y mi lealtad tan sincera.  
Y cuando llego anhelante  
de nuestra reina á pedir,  
para nuestra suerte unir,  
el permiso, mas amante

os quisiera ver y oír.  
 Que ese llanto y alliccion  
 en el venturoso día  
 en que ya nombraros mía  
 podré, dulce dueño, son  
 verdugos de mi alegría.

(*Siguen hablando entre sí.*)

Aparece LA REINA separando con recato las cortinas de una puerta que habrá al fondo ó al lado izquierdo de la escena, y desde allí sin avanzar, dice:

REINA.

(*Aparte.*)

¡Oh ciclos...! Azagra allí  
 enamorando á Isabel.  
 ¡Qué noble, gallardo, y fiel!  
 ¡Desventurada de mí!

D. PEDRO.

(*A doña Isabel sin que hayan reparado en la reina.*)

— ¡Quedais contenta, cruel?

D.<sup>2</sup> ISABEL.

Tiene vuestro dulce acento  
 y tiene vuestra presencia  
 conmigo tal influencia,  
 que disipan al momento  
 los fantasmas de la ausencia.  
 Y si porque fiel servisteis  
 á la reina, habeis faltado  
 á verme, y apresurado  
 á pedir ahora vinisteis  
 el permiso deseado;  
 las nubes de mi amargura  
 se disipan, y renacen  
 las esperanzas, que hacen  
 de mi pecho la ventura,  
 y que mi alma satisfacen.

(*Siguen hablando entre si con extremos de ternura.*)

REINA.

(*Aparte desde la puerta.*)

¡Cuán felices...! ¡Y cuánta es mi amargura,  
 que le adoro tambien, y él no lo sabe;  
 porque en mi excelsa posicion no cabe  
 declarar á un vasallo tierno amor!  
 Y aunque lo declarára, ¿por ventura

lo pudiera inspirar...? ; Terrible suerte!  
Es mas terrible que la misma muerte  
de amar sin esperanzas el dolor.

D. PEDRO. (*Arrojándose transportado de amor á los  
pies de doña Isabel.*)

; Ah! dejad que á vuestra planta,  
pues tan dichoso me veo,  
alma y vida por trofeo  
os rinda, y que os pague tanta  
ventura como hoy poseo.

(*La toma una mano.*)

Y que mi labio leal  
temple el fuego celestial  
de la pasion que os consagra,  
en la mano de cristal... (*Se la besa.*)

Sale LA REINA apresurada. Doña Isabel da un paso atrás  
sorpresa, y don Pedro se levanta, retira, y queda en la  
mayor confusion.

D.<sup>a</sup> ISABEL. ; Cielos!

REINA. (*Indignada, y poniéndose entre los dos.*)

; Isabel...! ; Azagra! —

De que en mi cámara estais  
os olvidásteis sin duda.

(*Pausa.*)

Isabel, ¿ te has vuelto muda...?

Azagra, ¿ no contestais?

D.<sup>a</sup> ISABELL. (*Confundida.*)

Señora...

D. PEDRO. (*Hincando una rodilla.*)

Vuestra piedad

imploro, si os ofendí,  
cuando humilde llego aqui...

REINA. (*Mas templada.*)

¿ Con qué intento, Pedro...? Alzad.

D. PEDRO. (*Levantándose.*)

Una gracia á suplicaros  
para mí de gran ventura,  
la que mi dicha asegura.

REINA. Ya tardais en esplicaros.

D. PEDRO. De doña Isabel Torrellas

la nobleza y gallardía  
 abrasan el alma mia,  
 que así plugo á las estrellas.

REINA.

Ya lo vi. (*Aparte.*) Mal me reprimo.

D. PEDRO.

Y como en ilustre cuna,  
 y en los dones de fortuna  
 su igual en todo me estimo;  
 vuestra regia aprobacion  
 para casarme, señora,  
 mi rendido amor implora.

REINA.

(*Mortificada.*)

Y en oportuna ocasion: —

¿de su padre teneis ya  
 para ese enlace el permiso?

D. PEDRO.

Mi lealtad el vuestro quiso  
 tener antes.

REINA.

(*Con severidad.*)

Bien está.

— Id, y que en estos salones  
 tengan al momento entrada  
 á la reunion convocada  
 ricos-hombres é infanzones.  
 Que hoy de livianas materias  
 no me puedo yo ocupar,  
 cuando hay que determinar  
 sobre cuestiones tan serias.  
 Id pues.

D. PEDRO.

(*Aparte.*) ;Pese á mi destino!

(*Hace una profunda reverencia y vase.*)

REINA.

(*Acercándose á doña Isabel con bondad y  
 cariño.*)

¿ Por qué lloras, Isabel...?

¿ Estás tan prendada de él...?

será un amante muy fino.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

(*Turbada.*)

Señora...

REINA.

Tu amiga soy;  
 enjuga, Isabel, el llanto.  
 No hay motivo para tanto,  
 y alligida al verte estoy.  
 No era oportuno el momento,  
 y nada os negué ademas.

(Pausa.)

¿Há mucho tiempo quizás  
que tratais el casamiento?

D.<sup>a</sup> ISABEL. Señora, hace ya tres años.

REINA. ¿Y este tan dichoso amante  
será fiel...? ¿será constante?

D.<sup>a</sup> ISABEL. No es, señora, hombre de engaños,  
y siempre igual le encontré.

REINA. (Con malicia.)

Muy apuesto... muy rendido...

D.<sup>a</sup> ISABEL. Muy formal, muy comedido.

REINA. Pues qué te tiene no sé  
de tal modo apasionada.

Su figura no es gran cosa.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Tiene un alma muy hermosa,  
y es galán.

REINA.

No encuentro nada  
raro en don Pedro. (Aparte.) ¡Ay de mí!

(Alto.) El don Alvaro Garcés  
mucho mas gallardo es,  
y está prendado de tí.

¡Qué bien maneja una lanza!

¡Cuánto luce en un torneo!

Ni Aznares tampoco es feo,  
y con mucho garbo danza.

En las justas y festines  
al don Pedro muy atrás  
en gentileza y demas  
dejan ambos paladines.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Pues don Pedro es á mis ojos  
el único.

REINA. (Aparte.) Y á los míos.

¿Mas por qué estos desvaríos  
me han de dar tantos enojos?

Sale DON PEDRO.

D. PEDRO. Los ricos—hombres, señora,  
y los nobles infanzones.

REINA. Ábranse aquestos salones,  
y que entren pues en buen hora.



Doña Isabel hace señas á la izquierda de la escena, y salen DAMAS, PAGES y GUARDIAS. Don Pedro la hace á la parte de la derecha, y salen FORTUN TORRELLAS, ÁLVARO GARCÉS, JOFRE DE ALVERO, EL ARZOBISPO, RICOS-HOMBRES, INFANZONES, CLÉRIGOS y CABALLEROS, y se colocan al rededor del trono, en el que se sienta la reina.

REINA. Ricos-hombres y prelados,  
 infanzones, caballeros,  
 de Aragon gloria, y defensa  
 de mis sagrados derechos:  
 la seguridad del trono,  
 el esplendor de mi cetro,  
 la fama de vuestros nombres,  
 la tranquilidad del reino,  
 ya imperiosamente exigen  
 de vuestra lealtad y esfuerzo  
 que ese impostor fementido,  
 que ese ambicioso protervo,  
 que el esclarecido nombre  
 del rey mi tio mintiendo,  
 contra mi corona atenta,  
 tenga cumplido escarmiento.  
 En la batalla de Frága,  
 como sabe el orbe entero,  
 pereció el gran don Alonso,  
 porque asi le plugo al cielo.  
 Aragon declaró nulo  
 su dudoso testamento,  
 que á los templarios dejaba  
 con poco aviso estos reinos.  
 Y á su hermano don Ramiro,  
 cual legítimo heredero  
 juró por rey. Que aunque estaba  
 en un santo monasterio,  
 del Papa especiales bulas  
 hábil á todo le hicieron,  
 y en vez del escapulario  
 no le asentó mal el peto.  
 Yo cual su hija y heredera

por legítimo derecho  
 ocupé este excelso trono,  
 fuí jurada por el pueblo,  
 sin que disputarme nadie  
 pueda en la tierra ó el cielo  
 ni de mi padre la herencia,  
 ni esto solio, que poseo.  
 — Despues de tan largos años,  
 y de tan varios sucesos,  
 ese impostor se presenta  
 para trastornar el reino.  
 Despreciado en un principio,  
 fué su osadía creciendo,  
 y ya con rebelde tropa  
 de indómitos bandoleros,  
 de fascinados ilusos,  
 de revoltosos perversos,  
 de viciosos arruinados,  
 y de astutos malcontentos,  
 osa acercarse á este alcázar,  
 osa atacar mis respetos,  
 osa levantar bandera,  
 osa demandarme el cetro.  
 Y si es que á tanto le anima  
 el que muger sin esfuerzo  
 me juzga, su desengaño  
 no tarde con su escarmiento.  
 Salid, sús, á mi defensa,  
 que asi os cumple como buenos.  
 Dad á esa traicion castigo,  
 poned á esa audacia freno.  
 Que aunque muger, desprovista  
 tan de valor no me encuentro,  
 que no pueda la coraza  
 vestir, empuñar el hierro,  
 y á vuestra frente en el campo  
 humillar á los soberbios  
 que osan mancillar mi nombre,  
 ó dudar de mis derechos.

*(Momento de silencio con ansiedad general.)*

TORRELLAS. Permitted, alta señora,  
 que como acaso el mas viejo

de cuantos hoy la honra tienen  
 de acataros, sea el primero  
 que á vuestras nobles palabras  
 dé respuesta con respeto.  
 Quién soy Aragon no ignora,  
 que mi interes y el del reino  
 son uno mismo es notorio,  
 que mi sangre y abolengo  
 seguridades ofrecen  
 de lealtad en todo empeño,  
 no habrá quien ose dudarlo;  
 no habrá, no, viven los cielos,  
 que aun no es báculo mi espada,  
 ni aquestas canas son hielo.  
 Con antecedentes tales  
 á decir aqui me atrevo  
 lo que mi conciencia solo  
 dicta á mis labios, y es esto.

*(Atencion general.)*

Señora, el rey don Alonso  
 vivo está: y es el romero  
 que impostor hoy apellidas  
 acaso con poco acuerdo.

*(Movimiento general.)*

Yo le conocí, señora,  
 y le serví en ese excelso  
 dosel. Le seguí á los campos,  
 le acompañé en los reencuentros.  
 Merecí su confianza,  
 siempre asistí á su consejo,  
 confirió conmigo planes,  
 depositó en mí secretos.  
 Y de su noble presencia  
 los rasgos grabados tengo  
 con tan pronunciadas líneas  
 en la mente y en el pecho,  
 que no es posible me engañen,  
 señores, mis ojos mismos:  
 y esta mañana le he visto,  
 y examinado con ellos.  
 Y escuchando sus palabras  
 reconocí sus acentos,

y mi razon aclararon  
 con infalibles recuerdos.  
 Ese anciano peregrino  
 es, gran señora, creedlo,  
 el emperador de España  
 don Alonso, tio vuestro,  
 al que el glorioso renombre,  
 en cuanto abarcan los cielos,  
 sus hazañas y conquistas  
 de batallador le dieron.

(*Momento de silencio y de agitacion.*)

ARZOBISPO. Ilustre Fortun Torrellas,  
 aunque tengan tanto peso  
 para mí vuestras razones,  
 y los dictámenes vuestros;  
 pues sé vuestras calidades  
 y vuestra virtud respeto;  
 permitidme hoy, sin agravio,  
 un parecer muy diverso.  
 Y considerad conmigo  
 que cuando inspira el infierno  
 la ambicion á un desalmado,  
 que anhela usarpar un cetro,  
 de falaces apariencias,  
 de alucinantes pretestos,  
 de engaños y de mentiras  
 le ofrece abundantes medios.  
 Porque el demonio es en suma  
 quien rige su alma y su cuerpo,  
 y de ficciones y engaños  
 el demonio es gran maestro.  
 Y provisto de noticias,  
 y de confidencias dueño,  
 finge, miente, disimula,  
 contrahace la voz y el gesto:  
 y alucina facilmente  
 la buena fé de los buenos,  
 que porque lo son no saben  
 lo que saben los perversos.  
 No es difícil, ó Torrellas,  
 al cabo de tanto tiempo  
 de remota semejanza

equivocar los recuerdos.  
 Después de tan largos años  
 el emperador, que muerto  
 lloramos todos en Frága,  
 torna en traje de roméro.  
 ¿Y dónde estuvo escondido?  
 ¿cómo no vino á su reino,  
 cuando un hombre lo regía  
 con una espada por cetro?  
 —Y si es el rey don Alonso,  
 ¿por qué franco y descubierto  
 no ha venido á este palacio  
 de Zaragoza derecho,  
 en vez de andar con disfraces  
 alucinando á los pueblos,  
 allegando malhechores  
 y trastornado los reinos?  
 —El emperador insigne  
 de otro modo muy diverso  
 se portára. Aragoneses,  
 en ese anciano roméro  
 solo un malvado descubro,  
 solo un impostor encuentro,  
 tan solo un agente miro  
 de los planes del infierno.

TORRELLAS. (*Con calor.*)  
 Quien dude que es don Alonso,  
 (dicho sea con respeto  
 del venerable arzobispo,  
 á quien acato y venero,  
 pone mi verdad en duda,  
 y la lealtad de mi pecho.

ARZOBISPO. De buena fé alucinarse  
 puede el mejor caballero.

TORRELLAS. (*Resuelto.*)  
 Repito que es don Alonso,  
 emperador de estos reinos,  
 el que he visto esta mañana,  
 y á quien he hablado yo mesmo.  
 A la tierra santa un voto  
 le llevó desde el funesto  
 campo de Frága, y cautivo

despues de los sarracenos ,  
 en una mazmorra esclavo  
 ha gemido largo tiempo ,  
 sin poder venir á España  
 para reclamar su reino.  
 Mas pues ya en ella el pié puso  
 en busca de sus derechos ,  
 y le juré pleitesía  
 mientras viviese , contemplo  
 que es mi obligacion sagrada  
 servirle , y en todo extremo  
 cual su vasallo ayudarle  
 á que recobre su imperio.

*(Hace una profunda reverencia , y vase seguido de algunos.)*

D.<sup>a</sup> ISABEL. *(Apoyándose desmayada en una de las damas.)*

¡Ay de mí!

ALVERO. Yo, con Torrellas,  
 porque de leal me precio,  
 á servir á mi rey parto,  
 como cumple á un caballero.

*(Vase seguido de algunos.)*

GARCÉS. Y yo tambien, convencido  
 de que el legítimo dueño  
 de Aragon es don Alonso,  
 que nos devuelve hoy el cielo.

*(Vase seguido igualmente de algunos.)*

D. PEDRO. *(Saliendo en medio de la escena con calor y entusiasmo.)*

Pues yo juro morir en la defensa  
 de ese trono legítimo, y mi acero  
 al que osare traidor hacerle ofensa  
 justo castigo le dará el primero.  
 Miente quien dice y asegura y piensa  
 que es el rey don Alonso ese romero.  
 Y hoy á la reina el corazon consagra,  
 si la abandonan todos, Pedro Azagra.  
 Sí, yo combatiré los desleales:  
 sí, yo combatiré los impostores.  
 Aquellos que se precien de leales  
 cerquen mi enseña, y sigan mis tambores.

Que en medio de esos campos desiguales  
 escribirá con sangre de traidores  
 dónde el derecho de mi reina alcanza  
 el hierro agudo de mi fuerte lanza.  
 Nobles zaragozanos siempre fieles,  
 venid ardiendo en saña vengativa,  
 por reina tal á recoger laureles,  
 si en la lealtad vuestro blason estriba.  
 Demos asunto á plumas y á cinceles:  
 Viva nuestra gran reina.

TODOS.

*Pedro.)*

D. PEDRO.

*(Rodeando con gran entusiasmo á don*  
*¡Viva! ¡viva!!!*  
 Venid, venid conmigo; defendamos  
 á la reina y al trono que adoramos.  
*(Cae el telon.)*



---

---

# Sornada segunda.

---

---

## ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza. Aparecen LA REINA sentada y abatida, junto á una mesa, y EL ARZOBISPO de pié consolándola.

- ARZOBISPO. Templad, señora, el llanto,  
que no es el infortunio para tanto  
como para abatir, así deshecho  
en lágrimas amargas, vuestro pecho.  
El cielo no abandona  
la legitimidad de esa corona  
que puso en vuestra frente,  
y que afirma su brazo omnipotente.  
Ese impostor tirano  
por aumentar sus fuerzas lucha en vano,  
y tan solo seguro  
le da de ese castillo el fuerte muro,  
que por vuestros valientes combatido,  
pronto ha de verse á vuestros pies rendido:  
Y aunque nuevos parciales allegára,  
su orgullo se estrellára  
y su arrogancia fiera  
de Zaragoza en la lealtad sincera,  
que ferviente os consagra.
- REINA. *(Con la mas viva expresion de desconsuelo.)*  
¡Mas cayó en su poder Pedro de Azagra!
- ARZOBISPO. ¡Pérdida grande...! es cierto:  
mas no causó por dicha desconcierto  
ni abatimiento y susto  
en los que aclaman vuestro nombre augusto.



Hasta el suceso mismo,  
 si de Azagra encarece el heroísmo,  
 demuestra la impotencia y cobardía  
 de esa desventurada bandería;  
 pues no osando salir á la pelea  
 ni combatir en donde el sol la vea,  
 por don Pedro de Azagra provocada  
 á singular combate,  
 rompió la fé jurada,  
 y al gallardo magnate  
 en pérfida emboscada  
 diez aleves jayanes sorprendieron  
 y sin peligro grande lo prendieron.

REINA.

¡Oh flor de la lealtad y valentía!  
 ¡Ay, desgarrada tengo el alma mía!

ARZOBISPO.

El valeroso Aznáres,  
 de cuyo nombre y glorias militares  
 y valor sin segundo  
 está admirado con razon el mundo,  
 al prisionero Azagra reemplazando,  
 de vuestras fieles tropas tiene el mando.  
 y su arrojo y destreza  
 muy pronto rendirán la fortaleza.

REINA.

¡Ay...! rescatar primero  
 á toda costa á Pedro Azagra quiero.  
 Si peligra su vida...

ARZOBISPO.

No es de temer, señora; defendida  
 por Torrellas será, pues lo colijo  
 de ver que siempre le trató cual hijo.  
 Y es Torrellas honrado caballero,  
 que alucinado sigue á ese roméro;  
 el cual nada ganára  
 si á prisionero tal sacrificára,  
 que es de Aragón amado,  
 de ilustre nombre y poderoso estado.

REINA.

(*Agitada.*)  
 No calman mis temores,  
 que todo lo recelo de traidores;  
 forzoso es que se trate  
 á toda costa, sí, de su rescate;  
 mis joyas, mis preseas...

ARZOBISPO.

Pues que tanto, señora, lo deseas,

:

á don Jofre de Alvero  
 mandaré con sigilo un mensagero.  
 ...Mas pensarlo es forzoso,  
 por no arriesgar un paso indecoroso;  
 y siempre lo es ingrato  
 entrar con los rebeldes en contrato.  
 Calmad ¡ah! vuestro pecho  
 con la lealtad vehemente satisfecho,  
 y en que mi fé se goza,  
 que os está demostrando Zaragoza:  
 Enjugad ese llanto  
 y confíemos en el cielo santo,  
 que la razon protege y la justicia,  
 y del traidor confunde la malicia.  
 (*Suenan campanas á lo lejos.*)  
 Mas ya el bronce sagrado  
 me llama al ministerio de mi estado.  
 Corro al altar, y á que resuene el templo,  
 dando á los fieles fervoso ejemplo,  
 con santas oraciones,  
 que aseguren el triunfo á tus pendones.

REINA.

(*Se levanta y le besa la mano.*)  
 Sí, volad. Y en el santo sacrificio  
 demandad al Señor que sea propicio  
 al que preso y de hierros abrumado  
 es de virtud y de lealtad dechado.

(*Vase el arzobispo.*)

REINA.

(*Creciendo su agitacion.*)  
 ¿Por mí ¡cielos! Azagra entre cadenas?  
 ¿Por mí en peligro su preciosa vida?  
 ...No puedo respirar ¡ay! sumergida  
 en espantoso piélago de penas.  
 Ya que á luchar conmigo me condenas,  
 estrella inexorable en que nacida  
 fuí yo triste, ¿tu rabia embravecida  
 por qué tan solo contra mí no llenas?  
 ¿Será Azagra infeliz porque le adoro...?  
 ¿Por qué, si ignora la pasion activa  
 que en mi angustiado corazon devoro?  
 Pierda mi trono; el impostor roméro  
 disponga de Aragon, y Azagra viva:  
 sálvese, y que perezca el orbe entero.

(*Fuera de sí.*)

¿Qué es el cetro y la corona,  
 qué es Aragon, qué es el mundo  
 ¡oh destino furibundo!  
 si á Azagra veo morir?  
 Caiga el sol de su alta zona,  
 piérdase todo en un día,  
 y gócese el alma mia  
 con ver á Azagra vivir.  
 Hasta mi pecho  
 desventurado  
 sacrificado  
 sea por él:  
 roto, deshecho  
 al medio apele,  
 que mas le duele.

(*Resuelta acercándose á la puerta, y en voz alta.*)

¡Hola...! ¡Isabel!

Sale DOÑA ISABEL llorando.

D.<sup>2</sup> ISABEL. Señora.

REINA. (*Con viveza.*)

Enjuga el llanto,  
 tranquiliza tu pecho,  
 y á tan gran desventura  
 pongamos un remedio.  
 Sí, amiga, de consuno  
 entrambas trabajemos  
 para romper de Azagra  
 los opresores hierros.  
 Salvarle es lo que importa,  
 que lo demas es menos.

D.<sup>3</sup> ISABEL. ¿Y yo, desventurada,  
 yo, que tanto lo anhelo,  
 y que la vida diera  
 por salvar á don Pedro,  
 qué podré hacer, señora,  
 cuando el destino adverso  
 á tal punto conmigo  
 se embravece violento  
 que hasta perder la gracia  
 con que me honrabais temo?

REINA.

*(Con ansiedad.)*

¿Por qué...?

D.<sup>3</sup> ISABEL.

Porque mi padre  
alucinado y ciego  
os abandona...

REINA.

*(Con viveza.)* Calla,  
que justamente veo  
en que tu padre siga  
ese bando perverso  
de libertar á Azagra  
el mas seguro medio,  
y tú solo...

D.<sup>a</sup> ISABEL.

Señora,  
lo que no haga el esfuerzo  
y la alta omnipotencia  
de vuestro brazo regio,  
¿lo hiciera yo...?

REINA.

Sin duda:  
escúchame un momento:  
Tan solo hay media legua  
al castillo en que preso  
gime infeliz Azagra:  
corre, vuela te ruego,  
habla á tu padre, llora,  
y si con torvo ceño  
te escucha, y no le ablandas,  
di que vas de mí huyendo,  
que me detestas dile,  
dile... que...

D.<sup>a</sup> ISABEL.

Me estremezco.

REINA.

Sí, todo por salvarle,  
que lo demas es menos;  
dile...

D.<sup>a</sup> ISABEL.*(Conmovida.)*

Señora mia,  
jamás, jamás... ¡oh cielos!  
y todo inútil fuera:  
es mi padre de hierro...  
y tenaz, inflexible...

REINA.

¿Resistirá á tus ruegos?

D.<sup>a</sup> ISABEL.

Sin duda.

REINA.

Pues bien, oye;

otra senda busquemos.  
 Vé al castillo provista  
 de cuanto yo poseo,  
 llévate mis tesoros,  
 mis joyas y mi cetro;  
 todo el oro lo alcanza,  
 gánate por su medio  
 una pronta entrevista  
 ¡ay de mí! con don Pedro.  
 Dile que le levanto  
 de lealtad el empeño,  
 que del pleito-homenaje  
 que me hizo le relevo,  
 que jure pleitesía  
 al impostor... que quiero  
 que le sirva, y le ayude  
 á arrebatarme el reino,  
 que maldiga mi nombre,  
 que destruya mi imperio,  
 que...

D.<sup>a</sup> ISABEL.*(Consternada.)*

¿Delirais, señora?

¿Qué pronunciais...? ¡oh cielos!

REINA.

*(Con vehemencia.)*

Sálvese Pedro Azagra,  
 que lo demás es menos.  
 ¡Oh dolor...! sí... tú misma  
 grande interés en ello  
 tienes, que es... ¡ay! tu amante,  
 y te aguardan risueños  
 y venturosos días...

*(Aparte.)*

yo me ahogo... ¡Dios eterno!

*(Alto.)*

en amorosos lazos,  
 llamándole tu dueño.

*(Pausa.)*

Vuela, *(Con viveza.)* mi oro derrama,  
 apura tu talento,  
 tu amor, tu astucia, todo;  
 no perdones esfuerzo,  
 y de cualquier manera,

sin pararte en los medios  
y á toda á toda costa,  
salva su vida. — El tiempo  
urge, corre al castillo,  
ven, sígueme.

ISABEL.

Obedezco.

## ESCENA II.

Decoracion corta que representa un corredor interior del casti-  
llo de Atarés. Salen BERRIO de soldado ridículo, y SAN-  
CHA con una gran cesta cubierta con una servilleta.

BERRIO. (*Enojado.*)  
Mal muermo los mate, amén.  
Requiebren á la borrica,  
pero contigo, Sanchica,  
que tengan mas ten con ten.

SANCHA. Zeloso..., si no dijeron  
sino que...

BERRIO. ¿Sino qué...? Ya.  
Pues si vuelven, voto va...

SANCHA. Saber quién era quisieron  
y registrarme...

BERRIO. (*Con viveza.*) ¡Caramba!

SANCHA. La cesta.

BERRIO. Eso es diferente:  
que iba á ver, pensé, esa gente  
si eras ó no patizamba.

SANCHA. Yo les dije...

BERRIO. Con la tropa  
no haya dimes ni diretes;  
que te daré de cachetes,  
y á ellos un tiento en la ropa.

SANCHA. ¿Quién, tú...?

BERRIO. Yo. Soy militar  
tan duro, que de un porrazo  
á un gigante le echo un brazo,  
como quien dice, á rodar.

SANCHA. ¡Quiá! Berrío, ¿te has vuelto loco?  
¿De cuando acá tan valiente?

BERRIO. Desde ayer, y ya la gente  
me teme á mí mas que al coco.  
Anoche salté de un brinco  
el foso hecho un Barrabás,  
y de un solo tajo... zás,  
arrebané veinticinco.

SANCHA. ¡Qué prodigio...! ¿Y no te duele  
el brazo?

BERRIO. (*Muy ufano con aire de superioridad.*)  
¡Pobre muchacha!

SANCHA. ¿No conoces en mi facha...?  
(*Burlándose.*)

BERRIO. Tu facha es la de un pelele.  
Gracias por el agasajo.—

SANCHA. ¿Y qué me traes de comer?  
¿O vienes solo á coger  
en la puerta un requebrajo?

BERRIO. Traigo... Pero ya no quiero  
por zeloso darte nada,  
¡ingraton! Muy bien pagada  
estoy cuando de porquero  
hago por tí allá en la venta,  
y el morueco y los marranos  
me tienen por esos llanos  
ajustándoles la cuenta.

BERRIO. Y cuando con la borrica  
vengo tan cargada aquí,  
para que tú comas, y...

SANCHA. Te perdonaré, Sanchica.

BERRIO. ¿Perdonarme, tú, bribon...?  
¿Eres quien de cerro en cerro  
tras mí andabas como un perro  
pidiéndome compasion?

SANCHA. Cumplir debo con mi estado.  
Y aunque tú mi novia eres,  
despreciar á las mugeres  
propia cosa es de soldado.

BERRIO. (*Riéndose.*)

SANCHA. Si eres soldado postizo.

BERRIO. Vaya muy enhoramala,

- que á soldado no me iguala  
ni aun el padre que me hizo.
- SANCHIA. Pues soldado por soldado,  
con esta cesta preñada  
voy á buscar á la entrada  
á aquel que me ha requebrado.
- BERRIO. (*Dcteniéndola.*)  
¡Sancha, eso no, pése á mí!  
que si tú zelos me das,  
tengo aun de esa cesta mas.
- SANCHIA. ¡Hola...! ¿con que hay hambre?
- BERRIO. (*Atacando á la cesta.*) Sí.
- SANCHIA. (*Defendiéndola.*)  
Pues con el hambre se amansan  
los animales. Y tú...
- BERRIO. (*Enojado.*)  
Sanchica de Belcebú,  
ya tus desdenes me cansan.
- SANCHIA. Si no me pides perdon  
de tantas altanerías,  
se come estas porquerías  
aquel bravo moceton.
- BERRIO. (*Acariciándola.*)  
Anda, no seas bobona,  
dale esa cesta á tu niño,  
que por tí está de cariño  
opilada la persona.
- SANCHIA. Siendo asi, bueno, me ablando.  
(*Pone la cesta sobre un poyo que habrá á un lado.*)
- BERRIO. Vuelva, vuelva aqui la cesta,  
que mi barriga dispuesta  
vengo á engullirlo volando.  
(*Se sienta.*)  
Veamos pues qué traes, Sanchica.
- SANCHIA. (*Sentándose en el suelo va sacando de la  
cesta lo que dice.*)  
Un pan, chorizo, jamon,  
y aqui abajo en el hondon  
viene una cosa muy rica.  
...Una cebolla.—Ademas  
la bota con cariñena.
- BERRIO. ¿Y viene, Sanchica, llena?



- SANCHA. Y pronto la agotarás.  
 BERRIO. Tráela acá, le daré un beso: (*Toma la bota.*)  
 bien haya quien la enjendró. (*Bebe.*)
- SANCHA: (*Sujetándole el brazo.*)  
 Ya basta de hacer cló... cló...
- BERRIO. ¿Y se te ha olvidado el queso?  
 SANCHA. No lo olvidé, viene aquí.  
 (*Lo saca y se ponen ambos á comer.*)  
 Y dime ahora, ¿qué hay de nuevo?
- BERRIO. (*Comiendo.*)  
 Tenemos preso un mancebo  
 como un oro.
- SANCHA. ¿Quién es...? Di:  
 BERRIO. (*Sin dejar de comer.*)  
 De la reina el general,  
 que ayer tarde con gran brio  
 salió á pedir desafio  
 ahí, en medio de ese erial.  
 Y desde aquí le llamaron,  
 y habria bebido un traguito,  
 pues se acercó muy solito,  
 y diez hombres lo atraparon  
 como á una liebre en la cama  
 diez galgos.
- SANCHA. ¿Y es muy buen mozo?  
 BERRIO. Solo de verle da gozo.  
 SANCHA. ¿Y sabes cómo se llama?  
 BERRIO. Don Pedro Azagra.  
 SANCHA. (*Pasmada.*) Ese es  
 novio de la señorita.
- BERRIO. ¿De aquella niña bonita,  
 hija de Torrellas?
- SANCHA. Pues.—  
 ¿No te acuerdas que han estado  
 en la venta á merendar  
 mil veces?—; Qué lindo par  
 despues que se hayan velado!  
 Y ella que es tan llana y buena  
 lo afligida que estará!  
 ;Pobrecita! ;cuál tendrá  
 partida el alma de pena!
- BERRIO. Venga la bota. (*Bebe.*) Pues no

- quisiera yo en el pellejo  
hallarme del mozalejo,  
que esta gente... ¿qué sé yo?
- SANCHA. ¿Qué, Berrio..? Di.
- BERRIO. Arrepentido  
y mucho, Sanchica, estoy. *(Bebe.)*  
En cuanto pueda me voy. *(Bebe.)*  
Hay aqui mucho perdido.
- (Se levanta sorprendido notando que alguien se acerca.)*  
¡Santa Bárbara! que viene...
- SANCHA. *(Asustada.)*  
Y... ¿quién viene...?
- BERRIO. *(Con gran miedo y santiguándose.)*  
¡San Antonio!  
El mismísimo demonio.  
...¡Jesús! ¡y qué cara tiene!  
Si me ve aqui... Pronto, chica,  
recoge todo, recoge...  
que pondrá, como se enoje,  
mi cabeza en una pica.
- (Sancha lo mete todo en la cesta, con gran turbacion.)*
- Salen DON LOPE DE AZAGRA, con su trage de peregrino,  
y MAURICIO, y se paran á hablar sin reparar en Berrio y  
Sancha, que demuestran gran terror.
- D. LOPE. Sí, sí, ya resuelto estoy  
¡padre infeliz! á abrazarle.
- MAURICIO. Mas tratad de alucinarle  
sin descubrir...
- D. LOPE. A eso voy.  
*(Repara en Berrio y en Sancha.)*  
¡Cielos...! ¿un soldado alli?
- MAURICIO. *(Reconociéndolos.)*  
Es el villano simplon,  
que era porquero de Anton.
- D. LOPE. Fuerza es echarle de aqui.  
*(Acercándose y con tono severo.)*  
¿Qué hace el vicioso soldado,  
solo, con una muger?
- SANCHA. *(Temblando.)*  
¡Ay!

- BERRIO. (*Turbado.*) Nada malo... comer.
- D. LOPE. Vaya á su puesto, ó colgado  
será al punto de una almena,  
y ella emplumada.
- BERRIO. (*Aparte á Sancha, que recoge la cesta.*)  
Arre allá.  
Y cual lo dice lo hará.  
¿ Ves tú que no es gente buena?  
(*Vanse Berrio y Sancha.*)
- D. LOPE. ; Ay cómo tiemblo, Mauricio!  
mi pecho va á reventar.  
; Qué tormento singular,  
qué espantoso sacrificio  
tener encerrado así  
al hijo del alma mia,  
cuya noble valentía  
ayer encantado vi!  
De su noble corazon  
son el arrojo y lealtad  
para su padre, en verdad,  
terrible reconvencion.
- MAURICIO. Si has de demostrar flaqueza,  
cuando ya no falta nada  
para que veas colocada  
la corona en tu cabeza,  
no vayas adonde vas.
- D. LOPE. ; Ah...! No eres padre. Por eso...
- MAURICIO. Y si no has perdido el seso  
tú mismo conocerás  
que olvidar el que lo eres  
es preciso en este paso;  
pues olvidándolo, acaso  
mostrarás mas lo que quieres  
á ese hijo. Si por él  
cual dices has emprendido  
el plan, en que te he seguido  
como tu amigo el mas fiel...
- D. LOPE. (*Profundamente afectado.*)  
En favor suyo empecé  
este... crimen.
- MAURICIO. (*Con enfado y desden.*)  
; Que me asombre

- no estrañarás...?
- D. LOPE. (*En tono solemne.*) Es el nombre que tiene mi empresa. Sí. —  
(*Con naturalidad.*)  
Digo que si en su favor me he metido en este empeño, en su favor seré dueño de disfrazarle mi amor.
- MAURICIO. En buen hora le visita.  
Mas que sea como rey, que á hombre de tan alta ley con interes solicita.  
Mas no haya inútil terneza, ni indiscreta confianza, que de veras ó de chanza nos cueste á ambos la cabeza.  
(*Vanse por distintos lados.*)

### ESCENA III.

Prision del castillo de Atarés, y sale DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, sin espada, y como preso.

- D. EEDRO. (*Abatido.*)  
Tu amor, divina Isabel,  
en tan dura situacion,  
derrama en mi corazon  
no consuelo, sino hiel.  
Tu padre á mi reina infiel  
hundió nuestro porvenir,  
y me condena á morir,  
pues, la esperanza perdida  
de consagrarte mi vida:  
¿para qué quiero vivir?  
¿Por qué tardan los traidores,  
que con tal alevosía  
burlaron mi valentía,  
en completar sus furoros?

De mi estrella los rigores  
 (pues que ya, Isabel, la suerte  
 me ha condenado á perderte)  
 en este obscuro confin  
 tengan presuroso fin,  
 en los brazos de la muerte.

(*Se oye ruido de cerrojos.*)

¿Mas qué es esto...? Alguien aquí  
 se acerca... ¿Será un verdugo?

Si tal á los cielos plugo  
 afortunado nací.

(*Se sienta en un poyo que habrá á un lado.*)

Sale DON LOPE DE AZAGRA y se detiene como indeciso.

D. LOPE. (*Aparte.*)

¿Qué tremenda agitacion  
 me destroza y me confunde!  
 ¿Qué peso me abrumba y hunde  
 al pisar esta mansion!

(*Clavando los ojos en don Pedro.*)

¿Qué gallardo...! ¿Qué altivez  
 tan noble en su rostro veo!

(*Aterrorizado bajando los ojos.*)

¿Ay de mí, que soy yo el reo,  
 y mi hijo el severo juez!

(*Avanzando con dignidad, y haciendo un esfuerzo para aparentar firmeza.*)

Don Pedro Azagra, escuchad.

D. PEDRO. (*Con entereza y sin levantarse.*)

¿Azagra...? ¿Quién me nombró...?

D. LOPE. (*Parándose á distancia.*)

Es vuestro rey.

D. PEDRO. (*Con dureza.*) Eso no;  
 que su obediencia y lealtad  
 y su fé solo consagra  
 al legítimo derecho  
 de la reina, el noble pecho  
 de Pedro Lopez de Azagra.

D. LOPE. Mirad, jóven imprudente,  
 que os perdeis alucinado.

D. PEDRO. Lo que es, tengo bien mirado

- á mi sangre conveniente.  
**D. LOPE.** (*Esforzándose.*)  
 Ved que el alto emperador  
 don Alonso, el que á su nombre  
 unió el glorioso renombre  
 de fuerte batallador,  
 es el que teneis delante.
- D. PEDRO:** (*Indignado.*)  
 Mentís, que fué muerto en Frága,  
 y no hay prueba que deshaga  
 una verdad semejante.
- D. LOPE:** (*Disimulando la turbacion.*)  
 Por altos juicios de Dios  
 en aquel empeño fuerte  
 triunfar logró de la muerte.
- D. PEDRO.** No basta lo digais vos.
- D. LOPE.** Si vuestro padre viviera...
- D. PEDRO.** (*Interrumpiéndole.*)  
 A la reina defendiendo,  
 y su obligacion cumpliendo,  
 vuestra audacia confundiera.
- D. LOPE.** (*Aparte.*)  
 ¡Cielos...! La sangre me ahoga.  
 ¡Qué dura reconvenccion!  
 (*Alto y disimulando.*)  
 Aunque ya por mi razon  
 tanto brazo noble aboga,  
 quiero, porque bien os quiero,  
 y no acierto á castigaros,  
 con muestras claras probaros  
 ser vuestro rey verdadero.  
 Y que estando vivo yo  
 no es legítimo el derecho  
 de mi sobrina...
- D. PEDRO.** Sospecho  
 que quien soy se os olvidó.  
 Soy Azagra, y si es verdad  
 que á mi padre conocisteis,  
 sin duda un muro en él visteis  
 de teson y de lealtad.  
 Y nunca desmerecí,  
 por lo que os cansais en vano,

astuto y pérfido anciano,  
la sangre que le debí.

D. LOPE.

(*Acercándose enternecido.*)

¡Pedro...! ¡Pedro!!!

D. PEDRO.

(*Levantándose como para contenerle.*)

¡Ah...! No llegad

hasta mí. — Que si no fuera  
porque una vaga quimera  
me turba, y por vuestra edad,

(*Con energía.*)

os hiciera mil pedazos,  
dando tremendo castigo  
al impostor enemigo  
de la reina entre mis brazos.

D. LOPE.

(*Arrojándose fuera de sí en los brazos de don Pedro.*)

Pues ahoga á tu padre, sí,  
ahógalo en ellos, cruel.

D. PEDRO.

(*Cayendo consternado en el asiento.*)

¡Es... ¡ay! la voz de Luzbel,  
ó la de Dios, la que oí?

(*Queda enagenado y convulso, y despues de un momento de inaccion y de silencio, se sienta tambien don Lope y le toma temblando una mano.*)

D. LOPE.

Oye, Pedro... oye, hijo mío.

Soy tu padre, atento escucha,  
y verás que por tí solo  
me encuentro en tan grave angustia.

Por tí solo, pues tú fuiste  
siempre en mis varias fortunas  
el ídolo de mi pecho,  
de mis afanes la suma.

Aunque herido, logré en Frága,  
de tantos valientes tumba,  
salvar la vida. El cadáver  
del rey vi al paso, y con pura  
lealtad del collar y anillo  
le despoje, porque áugustas  
prendas tales el trofeo  
no fueran de infieles nunca.  
Perdido entre las montañas  
por donde emprendí mi fuga,

de un jeque me vi cautivo,  
que me llevó luego á Suria.  
Alli me fugué, auxiliado  
por la audacia y por la industria  
de ese astuto monge griego  
que aqui me sigue y me ayuda.  
Hablando con él un dia  
de la desastrosa lucha  
de Frága, el collar y anillo,  
prendas que por siempre ocultas  
me acompañaron, mostréle;  
y la semejanza suma  
le dije que en voz y en gesto,  
talle, ademan y figura  
tenia yo con el difunto  
rey don Alonso. Y la astucia  
de Mauricio vió al momento  
una feliz coyuntura  
en aquellas circunstancias  
para tentar la fortuna.  
Opuse á sus sugerencias  
risa, creyéndolas burla.  
Mas las repitió constante  
con razones tan astutas,  
durante los largos años  
que otras nuevas desventuras  
corrimos juntos, que al cabo  
venció mi tenaz repulsa.  
Y de que asi se torciera  
mi alma siempre recta y justa,  
tú fuiste la causa solo,  
mi cariño te lo jura.  
Anhelando colocarte  
del trono en la alteza suma,  
abracé, infeliz, la idea  
con decision tan profunda,  
que llegó á hacerse muy pronto  
dominadora absoluta  
de mi existencia. Y tú solo,  
tú solo tienes la culpa,  
tú solo, hijo de mi alma,  
mi esperanza en tanta angustia,



de mi afán único objeto,  
iris de mis desventuras.

D. PEDRO. (*Convulso y escondiendo entre sus manos el rostro y cabeza.*)

¡Dios eterno...! ¡Dios eterno!  
...¿Dónde estoy...? ¡Ah...!

D. LOPE. Pedro, escucha.

Consiguió astuto Mauricio  
minar por la vez segunda  
nuestros hierros, y volamos  
á Marsella. La fortuna  
nos proporcionó al momento  
de Aragon nuevas seguras;  
y al saber que habia quedado  
del gran Berenguer viuda  
la reina jóven y hermosa,  
mas sin fuerza y sin cordura,  
juzgamos que el mismo cielo  
daba á nuestro plan ayuda,  
ofreciéndonos propicio  
la ocasion mas oportuna.  
Vinimos á Barcelona,  
y con próspera ventura  
la empresa, hijo, comenzamos  
que una corona te funda;  
y que sin tu leal denuedo,  
mal dije, sin tu locura  
ya estuviera realizada.  
Mira pues lo que rehusas.

D. PEDRO. ¿De ahogadora pesadilla,  
que me confunde y abruma,  
estoy ¡ay de mi! en los brazos...?

D. LOPE. (*Queriendo abrazar á su hijo.*)  
En los de amor y ternura  
de tu padre estás.

D. PEDRO. (*Levantándose con violencia, y rechazando á su padre.*) ¡Oh cielos!

Apartad, demonio, ó furia,  
apartad.

D. LOPE. (*Separándose aterrorizado.*)

¡Ay yo infelice...!  
la tierra me trague y hunda.

D. PEDRO.

*(Conmocido.)*

¿Por qué, padre, vuestros brazos  
no me ahogaron en la cuna?

*(Con nuevo furor.)*

¿Mas qué dije...? ¿Vos mi padre?

No; que á ser mi padre, nunca  
en vuestro pecho cupieran  
la traicion y la impostura.

Cual os fingiste el rey muerto  
mi padre os fingís sin duda.

D. LOPE.

*(De rodillas y abrazando las de su hijo.)*

¡Hijo del alma...! ¡Hijo mio!

D. PEDRO.

*(Levantándolo bruscamente.)*

No me afrenteis.

D. LOPE.

*(Llorando.)* Oye... Escucha.

D. PEDRO.

*(Retirándose.)*

Marchad, dejadme... La muerte  
termine tan rara pugna.

Basta.— Si sois don Alonso

rompa la cuchilla aguda

de los verdugos mi cuello,

que doblarse á vos rehusa.

Si mi padre sois matadme,

pues que mancha tan inmunda

en la sangre habeis echado

que por mis venas circula.

*(Avanzando en nuevo furor.)*

Mas no sois ni uno ni otro;

dejadme... pronto... Mi furia

es tal... y tal mi despecho...

y mi suerte tan sañuda,

que tal vez...

*(Conteniéndose de pronto.)*

Marchad, anciano,

que mi decision me asusta.

D. LOPE.

*(Confundido.)*

¡Ay de mí...! ¡destino horrible!

El infierno me confunda.

*(Vanse por distinto lado.)*

## ESCENA IV.

La misma decoracion de la escena segunda representando el corredor interior del castillo. Empieza á anochecer, y se va obscureciendo lentamente el teatro. Sale MAURICIO inquieto.

¡ Cuánto don Lope tarda !  
 Algun desastre temo  
 de ese remordimiento que acobarda  
 su corazon, y del delirio estremo  
 que por el hijo tiene.  
 Mas ya torna hácia aqui... ¡Cielos...! ¡cuál viene!

Sale DON LOPE DE AZAGRA, precipitado y temeroso.

- D. LOPE.      ¡ Ay...! ¡ Eres tú, Mauricio...?  
 Tenme, tenme en tus brazos,  
 que abierto ante mis pies un precipicio  
 está sin fondo, en que me haré pedazos.  
                   (Con gran terror.)  
 Tenme, tenme... ¡ No miras...?
- MAURICIO.    (Sosteniéndole.)  
 ¡ Qué pronuncias, don Lope...? Tú deliras.  
 Tú, tan docto maestro  
 en fascinar la gente,  
 ¡ acaso no has logrado astuto y diestro  
 conquistar á ese jóven imprudente?  
 ¡ Incrédulo persiste...?  
 ¡ Cómo le hablaste pues...? ¡ Qué le dijiste?
- D. LOPE.      (Temblando.)  
 ¡ Ay...! Alentar no puedo.  
 Cuanto miro me espanta,  
 mi pecho aprieta aterrador el miedo,  
 hiélaseme la voz en la garganta:  
 ¡ me persigue aun mi hijo!!  
                   (Mirando con terror el lado por donde salió.)
- MAURICIO.    Vuelve, don Lope en tí; dime qué dijo.
- D. LOPE.      Mauricio, retrocedamos.
- MAURICIO.    (Con viveza.)  
 ¡ Adónde...? ¡ Por qué...? jamas.  
 No podemos ir atrás.

¿ No contemplas dónde estamos?

(*Recapacitando.*)

¿ Mas qué es esto?

D. LOPE.

Que mi hijo...

MAURICIO.

¿ Se negó á reconocerte  
por don Alonso?

D. LOPE.

La muerte

me ha dado lo que me dijo.

¿ Qué fé...! ¿ Qué noble lealtad!

MAURICIO.

(*Receloso.*)

Y tú luego que advertiste  
tanto teson, encubriste...

D. LOPE.

No. Le dije la verdad.

MAURICIO.

Nos has, don Lope, perdido  
si libre...

D. LOPE.

No me creyó,

que el que una vez miente, no  
puede ser otra creído.

MAURICIO.

¿ No te creyó...?

D. LOPE.

(*Con dolor.*) Aunque mis brazos,  
mis lágrimas, mis lamentos  
los penetrantes acentos  
de un corazon en pedazos  
le demostraron.

MAURICIO.

(*Suspense.*) Muy bien. —  
Ya es terrible el compromiso.

D. LOPE.

Y desistir es preciso...

MAURICIO.

(*Con enfado.*)

¿ De qué, don Lope...? ¿ Y por quién?

D. LOPE.

¿ Su oposicion es tan fuerte!

MAURICIO.

¿ Le revelaste indiscreto...?

D. LOPE.

Sabe, si, todo el secreto.

MAURICIO.

(*Aparte.*)

Y yo le daré la muerte.

D. LOPE.

Lo sabe, y tenaz opuso  
tan airada resistencia,  
que me temí una violencia,  
y grave terror me impuso.  
— Yo para mí nada quiero,  
todo lo hacia por él.  
Si lo rechaza cruel,  
¿ qué adelanto ya, qué espero?

MAURICIO. (*Aparte.*)  
 Tal desaliento me asusta,  
 y reanimarlo es forzoso.

(*Alto.*)

Te juzgué mas animoso,  
 y de vejez mas robusta.  
 Que á sospechar, vive Dios,  
 que tan miserable era,  
 jamas Aragon nos viera  
 en tal empresa á los dos.  
 ¿De un mancebo alucinado,  
 que conoce el mundo apenas,  
 las declamaciones llenas  
 de celo mal meditado,  
 tan ridícula influencia  
 pueden ejercer en tí?  
 ... De mas temple te creí,  
 de mas madura esperiencia.  
 Haz venturoso á tu hijo  
 aunque sea á su pesar,  
 pues las gracias te ha de dar  
 burlando de cuanto dijo.  
 Hay personas que es forzoso  
 dichas por fuerza hacer,  
 sin tomarles parecer.

D. LOPE. (*Como hablando entre si.*)  
 Con un crimen afrentoso...  
 ¡Usurpando...!

MAURICIO. Veo que estás  
 delirante y sin razon.  
 Sin crimen de usurpacion  
 puedes ir adonde vas.  
 A tu patria, haciendo, sí,  
 un servicio imponderable,  
 con el nombre respetable  
 de don Alonso. (*Pensando un momento.*)

Oye.

D. LOPE.

Di.

MAURICIO. Postrado, atónito el mundo,  
 creyéndote el guerreador  
 que le impuso con valor  
 un respeto tan profundo,

á Aragon acatará:  
 y de la hispana nacion  
 por tu prestigio Aragon  
 el dominio cobrará.  
 Y su gloria ya afirmada  
 declaras por tu heredera  
 á la reina verdadera,  
 á la reina destronada,  
 que juzgarán tu sobrina,  
 y casas á tu hijo con ella,  
 puesto que es jóven y bella,  
 y el objeto á que camina  
 tu afan consigues asi,  
 con ventaja de Aragon,  
 sin crimen de usurpacion,  
 y sin mengua alguna en tí.

D. LOPE.

*(Como volviendo en sí.)*

¿Me habla por tu boca el cielo?

¿Son tan claras tus razones!

MAURICIO.

De infundadas ilusiones  
 te las ocultaba el velo.Y para á cima llevar  
 intentos de tal grandeza,  
 no el corazon, la cabeza  
 debe solo dominar. —De tu hijo acaso el ardor  
 por la reina... puede sea,  
 ahora me ocurre la idea,  
 aun mas que lealtad, amor.Y puede, don Lope, ser  
 que en el bien por qué suspira,  
 y como imposible mira,  
 tú le vayas á poner.

D. LOPE.

*(Reanimado.)*Tu acento mi angustia calma,  
 tu voz mis fuerzas me vuelve,  
 y tu razon desenvuelve  
 de las tinieblas mi alma.Si puedo ¡ay Dios! colocar  
 á mi Pedro en ese trono,  
 que por él solo ambiciono,  
 sin la corona usurpar,

siga en buen hora la empresa.  
 Mas hoy tanto he padecido,  
 que como nunca he sentido  
 la edad que sobre mí pesa.  
 Descansar me es fuerza un rato.

MAURICIO. (*Llevándolo lentamente hasta la puerta.*)

Descansad, sí, reponeos,  
 que todos vuestros deseos  
 protege un destino grato.  
 A solas considerad  
 en tan crítica ocasion  
 cuánto os importa el teson.

(*Ya en la puerta en tono solemne.*)

Don Lope, en ello pensad.  
 Si persistís se os presenta  
 un trono para ese hijo;  
 si retrocedéis, de fijo  
 infamia á vos, á él afrenta.

(*Vase don Lope.*)

MAURICIO. (*Volviendo desasosegado al medio de la escena y paseándose.*)

¡Singular es este hombre!  
 ¿Posible es que en los momentos  
 de coronar sus intentos  
 tanta fantasma le asombre?  
 ¿Que con escrúpulos ande  
 quien diestro hasta aquí llegó,  
 y á Torrellas fascinó  
 con facilidad tan grande?  
 Todo es la debilidad  
 por ese hijo que apresado  
 fué en momento desgraciado.  
 ¡Cosas de su mucha edad!

(*Queda pensativo.*)

A ese jóven es preciso  
 asegurar. — Indiscreto  
 le patentizó el secreto;  
 si se fuga... ¡oh compromiso!

(*Dudoso.*)

Que muera... sí, morirá.  
 ¿Cómo...? cuando en hondo sueño  
 no sea de sus brazos dueño.

...Pero difícil será.

*(Reflexiona un momento, y prosigue con resolución.)*

Beba esta noche la muerte  
en un veneno. Sí, sí,  
no hay bastante fuerza en mí  
para herirle de otra suerte.

*(Queda meditabundo.)*

Salte BERRIO silbando y distraído, y al reparar en Mauricio se asusta y retrocede.

BERRIO. *(Aparte.)*  
¡Caramba con el frailon!  
Siempre charlando entre sí,  
anda de aquí para allí  
hecho un duende motilon.  
Volvámonos pies atrás,  
que al cabo le considero  
pájaro de mal agüero;  
y si me atrapa quizás...

MAURICIO. *(Sobresaltado.)*

¡Hola...! ¿quién es?

BERRIO. *(Sobrecogido.)* ¡Dios bendito!

*(Acercándose con ridículas cortesías de miedo.)*

Berrio soy...

MAURICIO. Oye un momento.

*(Dándose una palmada en la frente, como complacido de una ocurrencia feliz.)*

*(Aparte.)* ¡Oh, qué feliz pensamiento!

BERRIO. *(Aparte.)*

Me ha pescado en el garlito.

*(Alto.)*

¿Qué manda su eternidad?

*(Aparte.)*

Estoy de miedo difunto.

MAURICIO. *(Con mucha afabilidad, despues de mirar á todos lados para asegurarse de que estan solos.)*

Llegas cabalmente al punto  
que en tí pensaba.

BERRIO. *(Escamado.)* ¡Oh bondad!

MAURICIO. Tengo, sí, que hablar contigo,  
pues sabes que desde el día



- que te vi allá en la alquería,  
soy muy de veras tu amigo.  
BERRIO. (*Gozoso.*)  
Sí, yo tengo mucho aquel,  
y un ángel... que... ya.
- MAURICIO. Es así,  
que eras bueno conocí.
- BERRIO. Un palomino sin hiel.
- MAURICIO. Pues te quisiera encargar  
que á ese pobre prisionero,  
jóven á quien mucho quiero,  
le llevaras de cenar.
- BERRIO. Ay señor... con mil amores.
- MAURICIO. Mas nadie lo ha de saber,  
porque el rey quiere tener  
gran rigor con los traidores.
- BERRIO. (*Con recelo.*)  
Siendo así...
- MAURICIO. Nada sabrá,  
si es que callar sabes tú.
- BERRIO. Callar sé. Mas Belzebú  
me sonsaca... y... agua va.
- MAURICIO. Contento, y en todo caso...  
tú sabes cuánto yo puedo.
- BERRIO. Pues eso me quita el miedo:  
(*Resuelto y con gran familiaridad.*)  
padre, estoy dispuesto al paso.
- MAURICIO. Sígueme, y la colacion  
que le has de dar, te daré.
- BERRIO. Vóyme pues con su mercé,  
y sabré callar... ;chiton!
- MAURICIO. Se lo dejas todo allí  
y te sales al momento.
- BERRIO. Todo lo haré como un viento.
- MAURICIO. Fuera espuesto para tí  
quedarte...
- BERRIO. Dios libre.
- MAURICIO. Y ten  
cuidado de no tocar  
lo que le vas á llevar.
- BERRIO. No soy yo goloso.
- MAURICIO. Ven. (*Vanse.*)

El teatro está ya completamente obscuro, y sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, vestida con un traje igual en todo al de Sancha, y con un rebocillo con que pueda taparse el rostro.

D.<sup>a</sup> ISABEL. *(Con recelo y timidez.)*  
 ¡Con cuánto susto, cielo,  
 estas estancias piso,  
 oscuras, pavorosas y asombradas!  
 Cada paso recelo  
 que á un nuevo compromiso  
 me lleva, y el rumor de mis pisadas,  
 que suenan duplicadas  
 por los lúgubres ecos  
 de las bóvedas frías,  
 en estas galerías,  
 y de estos murallones en los huecos,  
 me horroriza y me asombra,  
 y una voz me parece que me nombra.  
 ¡Ay si mi acerba suerte  
 fuera tal que encontrara  
 con mi padre...! ¡Infeliz...! Antes quisiera  
 que repentinamente  
 en sus brazos me ahogára;  
 que este castillo sobre mí se hundiera.  
 —Ni aun hallo luz siquiera  
 que dirija mi paso.  
 ...Hace un pequeño instante  
 que juzgué no distante  
 escuchar hácia aquí rumor escaso.  
 Mas todo está desierto,  
 de obscuridad y de pavor cubierto.  
*(Se pasea con sobresalto.)*  
 Con la villana ropa  
 que compré á Sancha y Rita,  
 y con las instrucciones que me han dado,  
 por medio de esa tropa  
 desbocada y maldita,  
 que creyó ser yo Sancha, he penetrado.  
 Allí un tosco soldado  
 que á Berrío encontraría

por aqui aseguróme...  
 ...No sé hácia dónde tome...  
 ...Ya empieza á vacilar la planta mia.  
 Señor omnipotente,  
 amparad á esta mísera inocente.

*(Va de uno á otro lado, escuchando, y se pára junto á un bastidor.)*

¡ Ay! ¿ Si estaré, Dios mio,  
 junto á la misma puerta  
 que á don Pedro infeliz sujeta y guarda?  
 ...Tal vez del paso mio  
 el rumor le despierta  
 y al escucharlo el triste se acobarda,  
 porque al sayon aguarda,  
 y creará ¡ trance fuerte!  
 la tímida pisada  
 de su Isabel amada  
 la pisada espantosa de la muerte.  
 ...¡ Oh amargo pensamiento  
 que de mi corazon dobla el tormento!—  
 Allí una luz diviso,  
 y venir un soldado  
 á este lugar... Me ocultaré... ¿ Y adónde?  
 ...Preguntarle es preciso  
 por ese Berrio, que á mi afan se esconde.  
 Si afable me responde...  
 ...Mas... ¡ cielos...! imagino  
 que es él quien aqui viene;  
 aunque el trage que tiene  
 es diverso del suyo campesino;  
 aguardo rebózada  
 y en la bondad del cielo confiada.

*(Se cubre el rostro con el rebocillo, y se separa á un lado.)*

Sale BERRIO con una batea de mimbre, y en ella pan, dos ó tres escudillas cubiertas y una redoma de vidrio llena de vino, y ademas una lámpara de barro, encendida.

BERRIO. *(Sin reparar en doña Isabel.)*  
 Mucha tentacion es esta,  
 pan, hutifarra y jamon,  
 ¡ y vino alogue...! Me temo

que no me contengo, no.  
 ¿Mas si ese fraile lo cuca,  
 que es un duende, vive Dios,  
 y me ataja el apetito  
 descargándome una coz?  
 Táte, táte, amigo Berrio;  
 anda fuera, tentacion.

(*Echa á andar resuelto, y al momento se pára.*)

Mas verme solo, y pasarme  
 sin catar... (*Huele la redoma.*)

¡qué rico olor!

esta ampolla tan galana,  
 fuera ser un burro yo.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Berrio.

BERRIO. (*Sorprendido.*) ¡Santa Genoveva!

¿De dónde sale esta voz?  
 A que algun familiar tiene  
 que me persiga el frailon.

(*Temblando.*)

Reconozcamos... ¡qué miedo!  
 si alguien en el corredor...

(*Repara en doña Isabel.*)

¡Ay Jesus...! (*Cree ser Sancha y se acerca.*)

Hola, Sanchica:

¿tú, despues de puesto el sol,  
 vienes á ver á tu nene...?

Algun santo te inspiró.

¿La cena me traes sin duda?

No puede menos tu amor.

¿Y has entrado rebozada...?

Así me gusta por Dios,  
 para evitar requebrajos  
 de tanto pillo tumbon.

(*Con confianza.*)

Mas ya que estás con tu esposo,

y á solas ambos á dos,

fuera ropa. (*Le quita el rebocillo y queda*

*pasmado.*)

Mas ¡ó cielos!

esta no es Sanchica, ó

borracho estoy...

D.<sup>a</sup> ISABEL.

No, no es Sancha.

- BERRIO. (*Retrocediendo.*)  
 ¿Pues quién eres tú, vision,  
 que de Sancha trae la ropa,  
 y el rostro de Sancha no?  
 (*Aparte.*)  
 Esta es alguna mozueta  
 que de soldado me vió,  
 y muerta por mis pedazos  
 viene á pedir confesion.  
 ¡Mucho garabato tengo!  
 ¡Tengo un atractivo atroz!  
 En viéndome una muchacha  
 no hay remedio, se acabó.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Acercándose.*)  
 De parte de Sancha vengo  
 á demandarte favor.
- BERRIO. ¿De parte de Sancha...? ¡malo!  
 Entonces es... qué sé yo.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Con dignidad.*)  
 Soy doña Isabel Torrellas,  
 la hija de tu señor.
- BERRIO. (*Le arrima la luz y la reconoce.*)  
 ¡Calle...! ¡Es verdad...! ¿Hay tal cosa?  
 ¿Quién diablos aquí os metió...?  
 ¿En busca de vuestro padre  
 venís disfrazada...?
- D.<sup>a</sup> ISABEL. No.  
 No, amigo, y que nunca sepa,  
 pues temo á su condicion,  
 que aquí estuve es necesario.
- BERRIO. ¿Pues quién os trae...?  
 D.<sup>a</sup> ISABEL. El amor.
- BERRIO. (*Aparte.*)  
 De cierto me solicita.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Y la tierna compasion  
 al bravo don Pedro Azagra,  
 á ese jóven...
- BERRIO. (*Recapitando.*)  
 Ya, sois vos  
 su novia, y venís...
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Sí, amigo,  
 á consolar su afliccion.

Y en tí solo confiada,  
en tu honradez...

BERRIO. (Perplejo.) Pero yo...  
¿Qué puedo hacer por serviros...?

D.<sup>a</sup> ISABEL. Llevarme á sus brazos.

BERRIO. ¡Oh...!

D.<sup>a</sup> ISABEL. Engañando al carcelero.

BERRIO. No hay carcelero.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Mejor.

BERRIO. Hay solamente un cerrojo  
gordo casi como yo,  
y tambien hay cuatro llaves,  
pero el tiempo las tomó  
y no cierran.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Pues entonces...

BERRIO. ¡Ay, que el cerrojo es atroz!  
¿Ú os habeis imaginado  
que es algun troncho de col?

D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿Pero descorrerlo puedes?

BERRIO. Precisamente á eso voy  
para llevarle esta cena.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Berrío, por amor de Dios,  
llévame contigo á verle  
ya que tan buena ocasion  
se nos ofrece...

BERRIO. ¡Señora!

donde estais no sabeis vos:  
si el vejete, ó el frailote...  
vaya... tiemblo de terror.

D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿Quién, amigo, ha de saberlo?

BERRIO. Los duendes, que hay mas de dos  
en esta encantada torre,  
que el mismo diablo fundó.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Vaya, ablándate á mis ruegos,  
desecha todo temor,  
complace á tu novia Sancha,  
pues es quien me dirigió.  
Asi con tan árduo empeño,  
y su trage me prestó,  
y Rita tambien te ruega,  
y tambien te ruega Anton,  
de mis lágrimas movidos,

y de mi amargo dolor,  
que me ayudes y me lleves  
á ver á Don Pedro.

BERRIO. (*Dudoso.*) ¿Yo...?

D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Arrodillándose y llorando.*)

Y á tus plantas te lo pido,  
y te lo pagará Dios,  
que las acciones cristianas  
nunca sin premio dejó.

BERRIO. (*Levantándola.*)

Basta, señorita, basta,  
que no soy de bronce, no,  
y en viendo llorar mugeres  
se me atraganta la voz.  
Esperad, no haga la trampa  
que nos pillen á los dos.

(*Reconoce á un lado y otro si alguien lo ve.*)

Vamos allá. — Me resuelvo.

Venid pronto, pese á vos.

D.<sup>a</sup> ISABEL. ¡Ó santo cielo...! protege  
mi desventurado amor.

BERRIO. Vamos, pisad mas quedito.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Vamos en manos de Dios. (*Vanse.*)

## ESCENA V.

Prision del castillo de Atarés, y aparece DON PEDRO LOPEZ  
DE AZAGRA, sentado y pensativo: la escena estará oscura.

BERRIO. (*Dentro.*)

¡Caramba...! El cerrojo está  
descorrido, y encajada  
la puerta... ¡Pues ahí no es nada!!!  
...¡Volado el pájaro habrá?

D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Dentro con ansiedad.*)

¡Ay...! entremos...

BERRIO. (*Dentro.*) Sí, pasmado  
de miedo estoy. — ¡Quién ha sido  
el duende que aquí ha venido,  
y así la puerta ha dejado?

D. PEDRO. (*Incorporándose.*)  
 ¿Quién es...? ¡Hola...! Si la muerte  
 me traen, al verdugo ruego  
 que descargue luego, luego,  
 en mi cuello el golpe fuerte.

Salen BERRIO y DOÑA ISABEL TORRELLAS, y se ilumina la escena con la luz de la lámpara que viene en la batca.

D.<sup>2</sup> ISABEL. (*Precipitándose en los brazos de don Pedro.*)  
 ¡Ay don Pedro de mi vida!  
 Soy vuestra Isabel.

D. PEDRO. (*Sorprendido.*) ¡Oh Dios!  
 ¿Deliro...? ¿Sueño...? ¿Sois vos...?  
 Sí, vos, Isabel querida.

(*Pausa.*)

¿En este trage...? ¿A tal hora...?  
 ¡Ay...! explicadme...

D.<sup>2</sup> ISABEL. Mi pecho  
 está de gozo deshecho...  
 ¿Qué puedo explicar ahora?  
 (*Vuelven á abrazarse.*)

BERRIO. (*Aparte.*)  
 Así, muy bien.— ¡Qué gusto  
 me da verlos...! No es Sanchica  
 mas que una pobre horrica  
 comparada á este angelito.

D. PEDRO. Tras de la vision de infierno  
 que mi pecho destrozó,  
 y sin duda me envió  
 en su cólera el Eterno;  
 esta vision celestial  
 piadoso y justo me envia,  
 con que encanta el alma mia,  
 y me hace á un ángel igual.

(*Trasportado de gozo.*)

¡Isabel...! ¡Mi amor...! (*Sobresaltado de repente.*)  
 ¡Dios mio!

¡Qué terrible pensamiento  
 me ocurre en este momento,  
 que me deja yerto y frio...!  
 ¡Ay, Isabel...!



D.<sup>a</sup> ISABEL.

¿Qué os asusta?

D. PEDRO.

(*Agitado.*)

A la reina abandonaste,  
¿y á tu padre aqui buscaste?  
Dime... di...

D.<sup>a</sup> ISABEL.

(*Con dignidad.*) ¿Sospecha injusta!

¿No me conoceis quizás?  
Si á la reina defendeis,  
¿cómo imaginar podeis  
que yo...? — Don Pedro, jamas.

(*Cariñosa.*)

En las alas de mi amor  
y por la reina enviada  
vengo á veros (*En secreto.*), y restada  
á libraros del traidor.

D. PEDRO.

Perdona, adorado dueño.

Mas tan raras cosas hoy  
por mí pasaron, que estoy  
creyendo que todo es sueño.

¿Mas tú en peligro por mí...?

¡Ay! me horrorizo, Isabel.

(*En secreto y con susto.*)

¿Ese soldado...? ¿con él  
cuentas tú?

D.<sup>a</sup> ISABEL.

Don Pedro, sí.

(*Don Pedro clava los ojos en Berrio, como examinándole con desconfianza.*)

BERRIO.

(*Risueño.*)

Berrio soy..., Berrio, señor,  
porquero antes que soldado.  
Y aqui le traigo el guisado:  
con que basta ya de amor.

(*Siguen hablando entre sí don Pedro y doña Isabel: Berrio pone la batea sobre el poyo, y prosigue con mucha familiaridad.*)

Me traje á la señorita,  
porque con ropa de Sancha  
vino á buscarme tan ancha,  
y con recado de Rita.  
Mas aunque esté aqui, cenad.  
Y pues diz en Aragon,  
tripas llevan corazon,

:

ea, las vuestras llenad.  
 Y pronto, pues si ve el padre,  
 que es quien os envía la cena,  
 que tardo, la armará buena;  
 y no quiero que me ladre.

(Viendo que no le hacen caso, vuelve á observar la  
 batca, silba y se pasea.)

D. PEDRO. ¡Oh, Isabel mía!

D.<sup>a</sup> ISABEL. (En voz baja recatándose de Berrio.)

Ante todo

salvaos, ¡ay don Pedro...! Sí.

Salid al punto de aquí.

D. PEDRO. ¿Pero, Isabel, de qué modo?

ISABEL. La prision tencis abierta.

D. PEDRO. ¿Y la guardia?

D.<sup>a</sup> ISABEL. No hay ninguna;

propicia está la fortuna.

D. PEDRO. ¿Y del castillo á la puerta?

D.<sup>a</sup> ISABEL. Nadie os verá.

D. PEDRO. ¿En este traje...?

D.<sup>a</sup> ISABEL. (Al oído.)

Atacad á este soldado

con rigor... y disfrazado

pasareis con su ropage.

D. PEDRO. No, Isabel. Isabel, no.

— ¿Yo dejar en compromiso

á ese infeliz...?

D.<sup>a</sup> ISABEL. Es preciso.

D. PEDRO. (Cayendo repentinamente en un acceso de  
 melancolía.)

Preciso es que muera yo.

(Pausa.)

¿Fugarme...? ¡Qué devaneo!

— Por tí olvidado de mí;

el pensamiento acogí.

Pero ya otra vez me veo

tal cual soy en este día,

y es tan horrenda mi suerte,

que solo buscar la muerte

debo ansioso, Isabel mía.

D.<sup>a</sup> ISABEL. (Angustiada.)

No os entiendo.

D. PEDRO.

Ni es posible  
que me entendais... Si ayer fuera,  
para salvarme os siguiera,  
mas hoy... ¡estrella terrible!

(*Con decision é inquietud.*)

Isabel, pronto, alejaos,  
dejadme con mi destino.  
De Zaragoza el camino  
tomad por mi amor, salvaos.

Y á la reina direis, sí,  
que ya exige mi lealtad  
que no tenga mas piedad  
con la sangre que hay en mí.

Que aqui morir debo yo,  
y mi raza perecer...

¡Ay, ni tuyo puedo ser...!

Basta, no me fugo, no.

BERRIO.

(*Oyendo las últimas palabras se acerca y dice aparte:*)

Esta gente está sin juicio.

¿Fuga...?

D.<sup>a</sup> ISABEL.

El pecho me rasgais,  
y el alma me envenenais.  
Salid de este precipicio.

D. PEDRO.

¡Isabel...!

D.<sup>a</sup> ISABEL.

¿No me seguís?

D. PEDRO.

(*Con entereza.*)

Jamas, no.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

(*Resuelta.*)

Don Pedro, bien;  
pues yo moriré tambien  
si en quedaros persistís.  
Vendrá mi padre cruel,  
y al verme aqui en vuestros brazos,  
con su daga mil pedazos  
me hará.

D. PEDRO.

¡Isabel...! ¡Isabel...!

D.<sup>a</sup> ISABEL.

(*Con vehemencia.*)

Juro ante el eterno Dios,  
que por mi medio os socorre,  
no salir de aquesta torre,  
señor don Pedro, sin vos.

- D. PEDRO. (*Enterrecido.*)  
¡Isabel...!
- D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Asiéndole el brazo con violencia.*)  
Ven.
- BERRIO. (*Deteniéndolos.*)  
Alto allá.  
Señorita, poco á poco :  
¿os parece que estoy loco?  
basta de burla ya.  
Harto ha durado el bueo ;  
quédese la cena aqui  
con el señor. Y tras mí  
venid, ó me pongo feo.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Suplicante.*)  
¡Berrío!
- BERRIO. (*Enojado.*) No hay Berrío, cuidado.  
(*Va á asir del brazo á doña Isabel, y don Pedro lo impide.*)
- D. PEDRO. Si osas la mano poner...
- BERRIO. (*Reportándose.*)  
No la pongo. (*Aparte.*) Voy á hacer  
segun miro mal fregado.  
El diablo me trajo aqui,  
y entre unos y otros me huelo  
que no ha de lucirme el pelo :  
con mala estrella nací.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Berrío... por amor de Dios.  
Berrío, completa la obra.
- BERRIO. ¿Qué es completar, si ya sobra  
la mitad de lo hecho? — Vos  
mi peligro no sabeis  
si alguien por desdicha oliera...  
Vamos pronto, vamos fuera:  
al fraile no conoceis.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Pero dime, Berrío, ¿abierto,  
cuando há un momento llegamos,  
y sin cerrojo no hallamos  
de aqueste encierro la puerta?  
¿No pudo haberse fugado  
don Pedro entonces sin tí?
- BERRIO. Es verdad.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Pues bueno. Di

- que tú no le has encontrado,  
y la culpa recaerá  
en quien antes que tú vino.
- BERRIO. Fué el vejete peregrino.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Pues él la culpa tendrá,  
que el cerrojo descuidó.
- BERRIO. (*Dudoso.*)  
Se armará gran batahola:  
¿y en ella escurrir la bola  
podrá Berrío... ?
- D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿Por qué no?
- BERRIO. Nada, nada. Afuera; en vano  
me quereis así tentar.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. ¡Ay...! ¡Berrío!
- D. PEDRO. Deja el rogar,  
que ya me cansa el villano.
- BERRIO. (*Apurado.*)  
¿En qué danza me he metido ?
- D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Sacando un gran bolso lleno de oro.*)  
Berrío, toma... todo es oro.
- BERRIO. (*Pasmado.*)  
¡Virgen Santa...! ¡Qué tesoro...!
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Todo, todo es tuyo.
- BERRIO. (*Tomando el bolsillo.*)  
Envido.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Y la madrina he de ser  
de tu Sancha, y en ganados,  
joyas, tierras y brocados  
tal dote vas á tener,  
que puedas ser infanzon,  
y fundar estado tal,  
que no se le encuentre igual  
en el reino de Aragon.
- BERRIO. ¿Y si me ahorcan lo seré ?
- D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿Con tanto oro no has de hallar  
el medio para escapar  
de entre esta gente sin fé?
- BERRIO. (*Rascándose y muy escamado.*)  
Señorita... ¡Un miedo tengo...!
- D. PEDRO. Si no te das á partido...
- BERRIO. Si estoy ya muy convencido.  
Hablad, que á todo me avengo.

- D.<sup>a</sup> ISABEL. Ahora á don Pedro has de dar tu sayo. Pues con su ropa le conociera la tropa en el acto de escapar.
- BERRIO. (*Quitándose el sayo con repugnancia.*)  
¿ Mi sayo...? á cochambre apesta. Mas tomad.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Tambien el casco.
- BERRIO. (*Se quita el casco y se lo da á doña Isabel.*)  
Limpiadlo, que fuera un chasco hallarse cosa molesta.
- D. PEDRO. ¡ Válgame Dios...! ¡ Isabel!
- D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Quitándole el manto y el birrete, y vistiéndole el sayo y el casco de Berrio.*)  
Tomad, pronto, no hay remedio: de salvarme es este el medio.
- D. PEDRO. (*Muy abatido.*)  
¿ Y dónde voy, hado cruel?
- D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Con viveza.*)  
Berrio, amigo, aqui te quedas solamente un breve instante, el corto tiempo bastante para que don Pedro pueda conmigo afuera tomar dos caballos, que escondidos he dejado apercebidos á la entrada del pinar.  
(*Vanse don Pedro y doña Isabel.*)
- BERRIO. Van como una exhalacion.  
Buen viaje. — A ver si el bolsillo quedó aqui. (*Lo saca y examina.*)  
¡ Qué hermoso brillo!  
...Voy á ser un infanzon.  
(*Guarda el bolsillo, y toma el manto y birrete de don Pedro, que dejó en el suelo doña Isabel, se los pone, y se pasea pavoneándose.*)  
Asi..., asi... ¡ linda persona!  
Y con brocado mi Sancha qué hueca estará. Qué ancha si la llaman la infanzona.  
(*Se pára.*)  
¡ Caramba, esta señorita

qué rejo tiene, y qué cuajo!

Se ve que por ese majo  
está que se despepita.

Dios con ellos vaya, amén ;  
mas quedándose conmigo,  
porque me parece, digo,  
que soy cristiano tambien.

*(Va á marchar, y desde la puerta vuelve á mirar la batea, que esta sobre el poyo.)*

¿ Y qué, del fraile la cena  
he de abandonar así?

*(Vueloc.)*

No lo haré, que tengo aquí  
panza de apetito llena.

*(Siempre vestido con el manto y birrete de don Pedro, agarra la batea, la examina con gusto, y viendo que no hay mesa, la pone en el suelo.)*

Pues que no hay otra, sea el suelo  
mesa, que lo es espaciosa.

*(Busca silla, y viendo que no la hay se sienta en el suelo, de espaldas á la puerta.)*

Y silla tambien. No hay cosa  
que no me depare el cielo.

Ven, ó redoma, á mis manos...

Mas no, primero es comer.

Sobre el hígado beber  
es costumbre de villanos.

Sal acá, butifarrita. *(La saca y come.)*

¿ Qué picante...! Buena á ley.

No se encaja el mesmo rey  
cosa mas santa y bendita.

*(Registra otro plato.)*

Aquestas de fraile son  
golosinas. — Para luego,  
porque tampoco me niego  
á alfajores y turrón.

*(Sigue comiendo y revolviendo los platos.)*

Sale MAURICIO, con un puñal en la mano, á paso lento, y se pára á la entrada sin reparar en Berrío.

MAURICIO. *(Aparte.)*

¿ Cómo encuentro, ó Dios, la puerta

sin cerrojo...? ¿ Se ha fugado?  
 Berrío el simplon la ha dejado  
 de par en par así abierta.

*(Repara en Berrío y juzga que es don Pedro.)*

Mas no.— Don Pedro allí está;  
 y cenando según veo.

¡Cuánto, cuánto á mi desco  
 tardando su muerte va!

Aquí en la sombra encubierto  
 me conviene el esperar,  
 pues que no puedo tardar  
 en verle á mis plantas muerto.

BERRIO. *(Toma un jamon.)*

Véngame á ver el jamon.  
 Todo me lo he de engullir.

A un albeitar le oí decir  
 que nunca da indigestion. *(Come.)*

MAURICIO. *(Aparte.)*

Sin duda aun no probó el vino,  
 pues su veneno es tan fuerte,  
 que en probándolo la muerte  
 es un acto repentino.

...¿Y si no bebe...? Veremos.

Entonces, sí, me decido,  
 y por este acero herido  
 pronto del paso saldremos.

BERRIO.

Ahora sí que en la garganta,  
 por mas que masco, y que masco,  
 parece que un gran peñasco  
 se me atora, y me atraganta.  
 Pues á lavar el gargüero.  
 Para esto hay redoma aquí.

A ver..., á ver...

*(Al coger la redoma la deja caer y se hace pedazos.)*

¡Pese á mí...!

¡No me quebrara primero  
 yo mismo...!!! ¡cuerpo de tal!

*(Hace estremos ridiculos de despecho, y esfuerzos por recoger el vino derramado, cuidando siempre de no volver el rostro hácia donde está Mauricio.)*

Todo el diablo lo llevó.

¡Mal haya quien me parió



tan torpe y tan animal!

¡Maldita sea mi suerte...!

¡Maldita casualidad!

MAURICIO. (*Arrojándose con el puñal sobre Berrio.*)

No te libras en verdad

de la merecida muerte.

BERRIO. (*Oye los pasos de Mauricio, vuelve el rostro, y huye aterrado y con viveza.*)

¡Ay de mí...! ¡ay...! ¡San Antonio!

MAURICIO. (*Se detiene confuso al reconocer á Berrio.*)

¡Cielos...! ¡Es Berrio! — ¿Qué es esto?

BERRIO. (*Aparte.*)

¡Válgame Dios, y qué presto

se me apareció el demonio!

¿Si estaria en la redoma?

MAURICIO. (*Irritado.*)

¿Qué es esto...? Berrio. Habla ya.

¿En dónde don Pedro está?

BERRIO. (*Congratulándose.*)

¡Qué...! Si todo ha sido broma.

Se afufó.

MAURICIO. (*Furioso.*) ¿Cuándo...?

BERRIO. No sé. —

Yo me he encontrado la puerta

lo mismo que vos... abierta.

Y aqui... nadie. Ya se ve.

MAURICIO. (*Asiéndolo de un brazo.*)

¡Tú le abriste, tú, bribon!

Al punto serás ahorcado.

(*Arrastrándolo hácia la puerta y dando voces.*)

Guardia, el preso se ha fugado;

soldados, á la prision.

BERRIO. (*Temblando.*)

Señor... yo...

MAURICIO. Sí, su vestido

tienes, el tuyo tomó,

y con él se disfrazó.

BERRIO. Cuando vine se habia ido.

MAURICIO. (*A voces.*)

¡Hola! pronto... ¡Hola! soldados,

que nos venden, pronto aqui.

Sale DON LOPE DE AZAGRA apresurado.

- D. LOPE.        ¡Cielos...! ¿qué voces oí...?
- MAURICIO.      Nos vemos, señor, burlados.  
Se ha fugado el prisionero.  
Por este traidor la puerta  
le ha sido há un momento abierta.  
Ahora mismo ahorcarlo quiero.
- D. LOPE.        Basta ya; volved en vos.  
Si tal hizo, lo perdono.
- MAURICIO.      (*Indignado.*)  
Ved que perdísteis el trono.
- D. LOPE.        (*En tono solenne.*)  
Son altos juicios de Dios.  
                  (*Cae el telon.*)





# Jornada tercera.

## ESCENA PRIMERA.

El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza, y aparece LA REINA pensativa y triste.

REINA. Segura es la victoria,  
y el impostor malvado  
tendrá de su arrogancia el escarmiento.  
— ¡Ah...! que tan alta gloria  
y triunfo tan lucido  
no sea del noble Azagra solo siento,  
pues dechado de fieles,  
suyos debieran ser estos laureles.  
Mas, enfermo, postrado,  
soñador, delirante,  
desde que en salvo á estas murallas vino,  
se niega horrorizado,  
trémulo, palpitante,  
á combatir al viejo peregrino,  
diciendo que su espada  
no vuelve á desnudar en tal jornada.  
¿Qué misterio espantoso  
es este...? ¡estrella impía! (*Reflexiona.*)  
— Que ese romero es impostor me jura,  
que severa, inflexible,  
combata su osadía  
me ruega, ardiendo en la lealtad mas pura.  
...Mas contra ese romero  
jamás, jamás esgrimirá el acero.  
Y maldiciendo, llora  
el haberse fugado

de la prision, que contempló su tumba,  
y maldice la hora

en que nació. Y turbado  
al cielo pide le fulmine y hunda.

— ¿Qué misterio, qué encanto,  
qué delirios son estos, cielo santo?

*(Creciendo su agitacion.)*

¡Ay de mí, que anegada  
en mar de confusiones  
vago, sin descubrir lejano puerto!

...¿A caso trastornada  
con vanas ilusiones  
se pierde en miserable desconcierto  
su cabeza infelice,

y yo misma, yo misma el daño hice...?

...¿Mi negativa pudo  
para su enlace... ¡cielos!  
tanto trastorno ocasionar...? ¡Oh suerte!

...¡Oh destino sañudo!

¿Por qué no ahogué mis zelos?

¿Por qué no sujeté con mano fuerte  
en este pecho mio

de un imposible amor el desvarío?

De un amor imposible

¡oh tremendo destino!

que cada vez mas alto se embravece,  
y mas irresistible.

Y que será imagino,

segun me turba y poderoso crece

de mi alma en lo profundo,

causa tal vez de que abandone el mundo.

*(Muy abatida.)*

Al cabo, ¿qué es el trono

ansiado y combatido?

...¿Qué son de la victoria el lauro y palma,  
si con tenaz encono

el cielo endurecido

niega la paz y la quietud al alma?

...¿Y qué es la misma vida,

por un mar de pasiones combatida?

¡Ay...! á don Pedro adoro,

y á este amor escondido

solo yo debo ser sacrificada.  
 A mi nombre y decoro  
 solo resta un partido ;  
 seguirélo, aunque muera, denodada.

(*Con resolucion.*)

Sí... , sí, don Pedro viva,  
 y la salud con su Isabel reciba.

Suena á lo lejos repique de campanas, músicas, tambores y aclamaciones; y sale EL ARZOBISPO, con dos CLÉRIGOS de su séquito, que se quedan á la entrada.

ARZOBISPO. Albricias, alta señora,  
 reiná de Aragon, albricias,  
 que ya de vuestros derechos  
 ha triunfado la justicia.  
 De Atarés en las almenas  
 vuestro pendon regio brilla,  
 y ya los brazos rebeldes  
 pesadas cadenas ligan.  
 Dios eterno sea loado,  
 que con bondad infinita  
 por el legítimo trono  
 omnipotente vigila.  
 Y bendito sea mil veces,  
 porque os ha dado este dia  
 sin una gota de sangre  
 la victoria mas cumplida.  
 El impostor ahora mismo  
 preso á Zaragoza pisa,  
 donde pensó entrar triunfante  
 en brazos de sus mentiras.  
 Y en un hondo calabozo  
 se verá en la Aljafería  
 el que en este regio alcázar  
 creyó establecer su silla.  
 Escuchad el alborozo  
 que vuestro triunfo publica,  
 escuchad cuál vuestro nombre  
 cunde en fervorosos vivas.

REINA.

(*Gozosa.*)  
 Ó venerable prelado,

tan halagüeñas noticias,  
 que siempre aguardé fiada  
 en la proteccion divina,  
 tienen para mí mas precio,  
 mayor contento me inspiran  
 por labios tan respetables  
 como los vuestros oidas.

Y en saber que una victoria  
 piadoso el cielo se digna  
 de concederme sin sangre,  
 el colmo está de mis dichas.

Pues los triunfos que se logran  
 en revueltas intestinas  
 con sangre, mas que con galas,  
 con lutos se solemnizan.

Mas decidme de qué modo  
 tan favorable y propicia  
 la piedad omnipotente  
 protegió la causa mia.

ARZOBISPO.

Ya preparaba el asalto  
 con sus escuadras invictas

Aznáres el valeroso,  
 campeón de tu justicia,  
 cuando de la fortaleza  
 fugitivo y á gran prisa  
 llegó un rústico soldado,  
 con peligro de la vida.

Era el que salvó á don Pedro,  
 y que á ser ahorcado iba,  
 y logró saltar el foso,  
 y venirse á nuestras filas.

Y el tal, que segun parece  
 en una venta vecina  
 era pastor, ofrecióse  
 á mostrar en la hora misma  
 un subterráneo camino,  
 una abandonada mina,  
 que desde el pinar cercano  
 al castillo conducia.

Aprovechó diligente  
 tan oportuna noticia  
 Aznáres, y con algunos

caballeros, y por guía  
el rústico, entró en la fuerza  
con furia tan repentina,  
que una acción fué solamente  
el sorprenderla y rendirla.

REINA.

Bien merece ese villano  
la recompensa mas digna,  
pues que la efusion de sangre  
evitó con tal noticia.

Quiero conocerle al punto,  
premiarle quiero yo misma,  
que evitar que sangre corra  
es la mayor hidalguía. —  
— ¡Y el impostor?

ARZOBISPO.

No le he visto.

Mas segun todos afirman,  
persiste en que es don Alonso,  
con tenacidad inicua.

REINA.

¿Mas quién es...? ¿de dónde vino...?  
¿cómo agentes de alta estima  
alucinó, se descubre...?

ARZOBISPO.

Cuantos le han hablado pintan  
su semejanza muy grande  
con don Alonso. — Y sería  
aventurar mucho, entrada  
dar á sospechas que abrigan  
algunos viejos. — Sospechas  
que de infamia cubririan  
á muy altos personajes  
y á muy gloriosas familias.

REINA.

*(Con inquietud.)*

¡Sospechas...! ¿cuáles?

ARZOBISPO.

Señora,

las maliciosas hablillas  
no merecen ocuparos,  
ni que sean por vos oídas.

REINA.

No... decid.

ARZOBISPO.

*(Con repugnancia.)*

Obedeceros

es obligacion precisa.  
Y aunque especie tal repugnen  
mis labios el repetirla,

diré: que la gente anciana  
recuerda tal vez que habia  
una semejanza estrema,  
por todos reconocida,  
entre don Lope de Azagra  
y el rey.

REINA: (*Aparte.*) He quedado fria.  
(*Alto.*)

¿Entre el padre de don Pedro...?

ARZOBISPO. Sí, señora.

REINA. (*Agitada.*) La malicia  
mas refinada tan solo  
puede esa sospecha inicua  
despertar. — ¿Don Lope Azagra,  
el hombre de mas estima  
que Aragon y el mundo vieron,  
cuya sangre pura y limpia  
aun late en tan nobles venas...?  
— Tal suposicion me indigna.

ARZOBISPO. Y que en los campos de Frága,  
como el orbe lo atestigua,  
murió junto á don Alonso,  
en medio de la morisma.

REINA. (*Aparte.*)  
¡Ay de mí, que ahora descubro  
de don Pedro los enigmas!  
Y si es su padre... ¡Dios mio!  
forzoso será que viva.

(*Alto.*)

Confúndanse esas sospechas,  
que de la mas torpe envidia  
y no de exactos recuerdos  
son tan solamente hijas.  
No nazcan nuevos disturbios  
de ligerezas y hablillas,  
y quede la paz del reino  
con firmeza establecida.

ARZOBISPO. Pero no olvidad, señora,  
que los estados se afirman  
con los premios y castigos  
repartidos con justicia.  
Y que hay casos dolorosos



en que es condicion precisa  
 presentar un escarmiento  
 si graves daños evita.  
 El impostor morir debe,  
 y su consejero y guia,  
 que abad se nombra, y que todo  
 ser suposicion indica.

REINA. Mas perdon el mas completo  
 doy á cuantos le seguian  
 de buena fé, alucinados  
 tal vez por su lealtad misma.  
 Porque siempre la clemencia  
 la joya es de mas estima  
 de la corona, y hoy quiero  
 que brille cual nunca limpia.

ARZOBISPO. Bien mostrais, ó noble reina,  
 madre de Aragon querida,  
 que mereceis los laureles  
 que hoy en vuestra frente brillan.

Sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, y se arroja desconsolada  
 á los pies de la reina.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Ó mi reina, ó mi señora,  
 una hija desventurada  
 piedad y clemencia implora  
 ante vuestros pies postrada.  
 A mi padre perdonad,  
 pues si al impostor siguió,  
 esceso fué de lealtad  
 que su pecho alucinó.  
 A don Alonso ligado  
 por la fé del juramento..

REINA. (*La levanta del suelo, y la abraza.*)  
 Alza, que está perdonado:  
 recobra, Isabel, aliento.

D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Enagada de gozo.*)  
 ; Oh de clemencia y bondad  
 pura esclarecida estrella!  
 A mis labios acordad  
 que sellen mano tan bella.  
 (*Bésale la mano.*)

:

Pues nunca con mas razon  
 por su madre y protectora  
 os aclamára Aragon  
 que vuestro alto nombre adora.  
 Corro... (*En ademan de marchar.*)  
 (*Deteniéndola.*)

REINA.

Espérate un momento,  
 Isabel, que quiero hablarte,  
 para aumentar tu contento,  
 y otra grata nueva darté.

(*Al arzobispo.*)

Disponed, noble prelado,  
 que la catedral resuene  
 con el himno acostumbrado,  
 y que mi pueblo la llene.  
 Que con mi corte al instante  
 de gala, sigo tras vos  
 de triunfo tan importante  
 á dar las gracias á Dios.  
 Y un indulto general  
 disponed que se publique.

ARZOBISPO.

¿Y la pena capital  
 quereis que al punto se aplique  
 á los dos reos?

REINA.

; Ah...! no.

Hoy es de júbilo día,  
 y enlutar no quiero yo  
 con cadalsos su alegría.

ARZOBISPO.

(*En ternecido.*)  
 Vuestra bondad es inmensa.

REINA.

Haced venir al villano,  
 para darle recompensa,  
 cual merece, por mi mano;  
 pues que sagaz procuró  
 sin desastres la victoria,  
 que es en lo que cifro yo  
 de tan gran triunfo la gloria.

ARZOBISPO.

Obedecida sereis  
 y por el reino aclamada,  
 señora, cual mereceis,  
 su sol, su madre adorada.

(*Vase con su séquito.*)

REINA.

*(Aparte.)*

Me cumple disimular  
 todo cuanto descubrí,  
 y que nada tenga en mí  
 esta infeliz que estrañar.  
 Pues si es padre el impostor  
 de don Pedro, es necesario  
 con sigilo extraordinario  
 encubrir tal deshonor.

*(A doña Isabel con cariño.)*

Isabel, Isabel mia,  
 ¿cómo está don Pedro? dime.  
 ¿Esa angustia que le oprime  
 tendrá término este día?  
 ¿Cesarán las ilusiones  
 espantosas que le agitan,  
 y que á ambas nos precipitan  
 en un mar de confusiones?  
 El triunfo ya conseguido,  
 y que tanto ansió leal,  
 de su dolencia fatal  
 será un remedio cumplido.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

¡Ay señora...! Yo no sé.  
 Como nunca esta mañana  
 la tristeza que le aplana  
 y su delirio noté.  
 Desde el momento... ¡ay de mí!  
 que le saqué de prision,  
 tan turbada su razon  
 como há un rato, nunca vi.

REINA.

*(Muy agitada.)*

Basta, Isabel. — Es preciso  
 á don Pedro consolar.  
 Si acaso el imaginar  
 que le negaba el permiso  
 para casarse... *(Aparte.)* ¡Yo muero!  
*(Alto.)* contigo, así le turbó,  
 corre á decirle que yo  
 casaros hoy mismo quiero.

D.<sup>a</sup> ISABEL.*(Llorando.)*

Ó señora, ó de bondad  
 y soberana clemencia

sol, que el mundo reverencia;  
tal es mi infelicidad,  
tan contrario me es el cielo,  
que lo que antes ¡ay! haria  
la mas alta dicha mia  
aumenta hoy mi desconsuelo.

REINA. (*Suspensa.*)

¿Pues qué...? ¿tibio en su pasion...?

D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Con vehemencia.*)

No señora, ¡ah! no señora.  
Que como jamas me adora,  
que su amante corazon  
mas que nunca arde por mí,  
en llanto amargo deshecho,  
roto en pedazos el pecho,  
sin cesar me jura, sí.

REINA. (*Aparte.*)

¡Oh dolor que me devora!

D.<sup>a</sup> ISABEL. Pero añade que ya no  
puedo ser su esposa yo,  
y un mar de lágrimas llora.

REINA. ¿Y no te explica el por qué?

D.<sup>a</sup> ISABEL. Que un secreto horrible guarda  
que le turba y le acobarda  
imagino...

REINA. Y yo lo sé.

D.<sup>a</sup> ISABEL. Yo no, señora. ¡Ay de mí!

REINA. Es una delicadeza  
que demuestra la grandeza  
de su pasion hácia tí.

D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Confusa.*)

Yo... señora... no colijo...

REINA. No temas, resuelta estoy.

Sí, tu esposo será hoy,  
porque lo mando y lo exijo.

Que esto es su felicidad  
y yo otorgársela quiero  
á toda costa. (*Aparte.*) Yo muero.

(*Alto y resuelta.*)

Al momento os desposad.

D.<sup>a</sup> ISABEL. (*Besándola la mano.*)

¡Oh cuán noble corazon,

que concede el mismo día  
su ventura al alma mía  
y á mi buen padre perdon !  
Corro...

REINA.

*(Deteniéndola.)*

Espérame, Isabel,  
mientras tomo el manto real,  
para ir á la catedral.  
Luego irás á hablar con él.

*(Vase agitada.)*

Queda doña Isabel pensativa, y salen BERRIO y SANCHA.

BERRIO.

*(Al entrar.)*

Toma, colémonos pues...  
si lo mandó...

SANCHA.

*(Deteniéndose.)* ...¿Tan así...?

BERRIO.

La señorita está allí.

SANCHA.

Tienes razon, ella es.

D.<sup>a</sup> ISABEL.*(Reparando en ellos.)*

Hola, mis buenos amigos,  
¿ qué buscáis...? ¿ á qué venís?

SANCHA.

Ansiando ver á la reina,  
que es, dicen, un serafin ;  
á la puerta de palacio  
este y yo estabamos, y  
su merced el arzobispo...

BERRIO.

*(Adelantándose.)*

Déjame, Sanchica, á mí,  
que mucho mas aquel tengo  
para esplicarme.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

Decid.

BERRIO.

Estabamos boquiabiertos  
sin saber adónde ir  
sufriendo la mala cara  
de uno y otro galopin,  
cuando pasó el arzobispo.  
Y dirigiéndose á mí,  
¿ eres, preguntó, el Herodes?  
y respondile que sí.  
Pues entra, continuó grave,  
que la reina quiere oír

- de tu boca tus hazañas,  
y hacerte mercedes mil.
- SANCHA. Sí, señora, así le dijo,  
lo mismito que lo oís.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿Estás, Berrio, delirando?
- BERRIO. Ni borracho, pese á mí.  
...¿Mas no sabéis soy Herodes?
- SANCHA. Que lo es, señorita. Sí.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. Héroe dirás.
- BERRIO. Pues bien, eso.  
Si lo dicen mas de mil.  
Y viva, y que viva Berrio  
él Herodes, ahora oí  
á gente que en esas calles  
va, que parece un motin.
- SANCHA. Sí, mi Berrio lo ha hecho todo;  
no es el diablo mas sutil.
- BERRIO. Sí, señora. Antes de anoche  
cuando me dejaste allí  
metido en la ratonera,  
atrapóme mi alguacil.  
Y aunque el vejete petate  
(que entrar ya en la trena vi)  
me perdonó, el mal frailote  
(que pronto tendrá mal fin)  
se empeñó... nada..., en ahorcarme,  
que no es un grano de anís.  
Pero con una moneda  
de la preñada y gentil  
bolsa que vos me endonásteis,  
y que no aparto de mí,  
conseguí de un camarada  
puerta franca para huir.
- D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿No te dije que hallarias  
facil modo de salir?
- BERRIO. ¡Ay señorita del alma!  
estuvo todo en un tris. —  
Pasé la noche en el foso  
agazapadito, sin  
respirar, como conejo  
que oye al podenco latir.  
Y hoy al romper la mañana,

como suele la perdiz  
 irse al reclamo, á las tropas  
 de nuestra reina acudí.  
 Y al general, que es un mozo...  
 ¡vaya un mancebo gentil...!  
 de un camino soterraño  
 el secreto descubrí.  
 Y por debajo de tierra,  
 sin trompa ni tamboril,  
 sin sol, sin luz, y sin moscas,  
 delante de todos fuí,  
 atropellando gigantes,  
 moros encantados, y  
 vestiglos; y en el castillo  
 nos encontramos al fin,  
 en donde todo viviente  
 se rindió, gracias á mí.  
 Ved pues si soy el Herodes,  
 ó esa cosa que decís.

D.<sup>a</sup> ISABEL. ¿ Ves, amigo, como el cielo  
 la noble accion que por mí  
 hiciste te recompensa,  
 por uno dándote mil?  
 A los bienes de fortuna,  
 que yo me comprometí  
 á darte, siendo madrina  
 de tu boda, vas á unir  
 las mercedes y los dones  
 de nuestra reina gentil,  
 el aplauso de los buenos,  
 y un nombre eterno y sin fin.

BERRIO.

(*Muy ufano.*)

¡Si soy yo mucho...!!! Sanchica,  
 ¿qué tal...? ¿eh...?

SANCHA.

(*Muy gozosa.*) Yo estoy sin mí.

BERRIO.

Te han de llamar la infanzona,  
 y tu padre ha de venir,  
 para besarme la mano,  
 sin caperuza.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

Advertid

que ya sale nuestra reina;  
 mirad bien lo que decís.

SANCHA. (*Embobada mirando al lado por donde va á salir la reina.*)

¡Ay qué hermosa...! Madre mia.

Como una rosa de Abril.

A la Virgen se asemeja  
que está allá en el camarín.

BERRIO. ¡Ay, que me he quedado frio,  
y ya no sé qué decir!

D.<sup>3</sup> ISABEL. Poned la rodilla en tierra,  
y la mano le pedid.

BERRIO. ¿Y se ha de quedar sin ella...?

D.<sup>3</sup> ISABEL. Es para besarla... ¿oís?

Sale LA REINA con manto real y corona, y ricamente ataviada, seguida de DAMAS y PAGES, todos de gran gala. Berrio y Sancha caen de rodillas.

REINA. (*Acercándose con dignidad á los villanos.*)

Hola, ¿esta buena gente

quién es, y qué desea?

BERRIO. (*Turbado.*)

Semos... semos...

(*A Sancha al oído.*) Sanchica, tú responde,  
que quien soy he olvidado de repente.

SANCHA. (*Turbada.*)

Semos... semos... Que siga Berrio, ea,  
que se me fué la lengua no se dónde.

REINA. (*Afable.*)

Hablad, no tengais miedo.

BERRIO. Pues yo... Sancha, habla tú, que yo no puedo.

D.<sup>3</sup> ISABEL. Este mozo es, señora,  
el que salvó á don Pedro, y denodado...

REINA. (*Muy complacida.*)

Venga, venga en buen hora

el que el triunfo me ha dado  
con tal facilidad y sin desgracias.

Venga en buen hora á recibir mis gracias:  
alza del suelo.

BERRIO. (*Mas alentado.*) Si me dais la mano...  
solo para besarla.

REINA. (*Dándoles á besar la mano.*)

¡Qué inocencia!

(*Levanta á ambos con afabilidad.*)



Tengo gran complacencia  
 en verte. Agradecida  
 con el alma y la vida  
 estoy á tu servicio. Te has portado  
 como un héroe.

BERRIO.

(*Muy ufano.*) Sí.

(*A doña Isabel.*) Herodes... ¿No lo escucha?

(*A la reina en tono jactancioso.*)

¿Es mi arrogancia mucha!

¿Y soy un gran soldado...!

¿He matado mas gente...!

REINA:

(*Risueña.*)

Porque no la mataste justamente  
 premiarte, amigo, intento,  
 y te daré en mi casa acostamiento.

BERRIO.

Pues yo mejor quisiera diez cochinos,  
 con algunas ovejas y pollinos.

SANCHA.

(*Aparte á Berrio.*)

Y joyas, majadero,  
 que gargantilla y pelendengues quiero.

BERRIO.

(*Aparte á Sancha.*)

No, mejor es ganado.

REINA.

(*Haciéndoles seña de retirarse.*)

Cual mereces serás recompensado.

SANCHA.

Viva la real persona.

BERRIO.

(*A Sancha.*)

Van, Sanchica, á llamarte la infanzona.

(*Vanse Berrio y Sancha.*)

REINA.

(*Llevando aparte á doña Isabel, y hablándola con vehemencia.*)

Oye, Isabel.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

Señora.

REINA.

Al punto corre ahora  
 de Pedro Azagra al lado.

Anúnciale el permiso que os he dado.

Consuélele, Isabel, y ni un momento  
 de él te apartes.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

(*Sobresaltada.*) ¿Pues qué, señora mia...?

REINA.

Síguele adonde quier. Si tiene intento  
 de ir á la Aljafería,  
 avísame al instante,  
 pues es el impedirlo interesante.

D.<sup>a</sup> ISABEL.

¡Ah...! Yo tiemblo...

REINA.

No temas, que no hay nada.

Ni á él nada le dirás. — De tí confío,

tú eres el brazo mio. —

— Sosiégate, Isabel..., yo te lo ruego.

Yo te explicaré luego

cuáles son las razones

de hacerte estas secretas prevenciones.

*(Se pone en marcha.)*D.<sup>a</sup> ISABEL.*(Confundida.)*

¡Cielos...! ¡Estoy mortal...! Solo me toca

templar, obedecer, sellar mi boca. *(Vanse.)*

## ESCENA II.

Calabozo del castillo de la Aljafería. Salen DON LOPE DE AZAGRA de peregrino, muy abatido y debilitado, y MAURICIO sosteniéndole, y conduciéndole á un asiento de piedra que habrá á un lado.

D. LOPE.

Llévame lentamente,

que andar apenas puedo,

por edad, no por miedo,

y me siento morir.

Si Dios omnipotente

á mi afan concediera

que aqui, y pronto muriera,

sin al cadalso ir,

¡cuán dichoso sería! *(Se sienta.)*

MAURICIO.

Ten ánimo. Si quieres

patentizar quién eres

puedes mucho esperar.

Tu alto nombre podría,

tu nombre verdadero,

acaso al pueblo entero

en tu favor alzar.

D. LOPE.

Calla, calla, Mauricio.

Jamás. — Que para el mundo

un misterio profundo

mi nombre debe ser.

En este precipicio  
 donde tú me has lanzado,  
 y á do me ha encaminado  
 el mismo Lucifer,  
 no ha de hundirse conmigo  
 mi descendencia infame;  
 ni nunca el mundo llame  
 á un Azagra traidor.

Jamas, jamas, amigo,  
 de que es mi sangre rea,  
 de que Azagra soy, sea  
 el mundo sabedor.

El nombre quede puro  
 de mi adorado hijo;  
 de tu amistad exijo  
 el secreto mas fiel.

MAURICIO. Por él en este apuro  
 en que estamos nos vemos.  
 Por su causa tenemos  
 en el cuello el cordel.

D. LOPE. No. — Porque Dios eterno  
 vigila por los reyes,  
 y maldice en sus leyes  
 al vasallo traidor.

MAURICIO. *(Con desden.)*  
 Porque te dió el infierno  
 hácia tu hijo demente  
 ese ciego, imprudente  
 y malhadado amor.

D. LOPE. ¿No oyes la voz del cielo,  
 cómo grita venganza?

MAURICIO. Mi delirio no alcanza  
 hasta escuchar tal voz.  
 Y de tu desconsuelo,  
 y de tu desvarío  
 me avergüenzo y me río.

D. LOPE. *(Aterrado.)*  
 ¡Oh desengaño atroz!  
 ...Aproximarse siento  
 mi fin, y estremecido  
 piedad al cielo pido,  
 solamente piedad.

- Y que mi último aliento  
lleve la infamia mia,  
sin que se estienda impía  
en mi posteridad.
- MAURICIO. Tu descendencia olvida,  
que es perder el juicio.
- D. LOPE. No eres padre, Mauricio:  
por eso hablas así.  
(*Se oyen cerrojos.*)
- MAURICIO. (*Sorprendido.*)  
¿La puerta estremecida  
no escuchas...?
- D. LOPE. (*Con vehemencia.*) Te conjuro  
que el secreto seguro...
- MAURICIO. (*Separándose.*)  
Calla, que entran aquí.

Sale DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA precipitado, y se arroja de rodillas en los brazos de don Lope.

- D. PEDRO. ¡Oh padre! ¡oh padre...!
- D. LOPE. (*Abrazándolo enagenado.*) ¡Hijo mio...!  
Al tenerte entre mis brazos  
cobran los rotos pedazos  
de mi corazón su brio.  
Torna á discurrir la vida  
por mis decrepitas venas,  
donde ya indicaba apenas  
no estar del todo estinguida. —  
¡Ay! — ¿Es sueño? — Es verdad, sí.
- D. PEDRO. La juvenil sangre helada  
me ahoga en el pecho estancada.  
¡Desventurado de mí!
- MAURICIO. (*Aparte.*)  
¡Oh... si un acero tuviera,  
ó un brazo bastante fuerte!  
...A entrambos dando la muerte  
aun salvarme consiguiera.
- D. LOPE. (*Separando de repente á don Pedro, y poniéndose en pié con un penoso esfuerzo.*)  
¿Mas qué es esto, mozo altivo...?  
¿Cómo te atreves á tanto...?

¿No te causa el verme espanto,  
aunque postrado y cautivo?

(*Rechazando á don Pedro.*)

Aparta, aparta... ¡Infelice!

¿Aquí me viniste á ahogar  
en tus brazos, sin temblar...?

MAURICIO.

(*Aparte confuso.*)

No comprendo lo que dice.

D. PEDRO.

¡Ah...! ¡padre...!

D. LOPE.

(*Con penosa y afectada entereza.*)

¿Tu padre yo?

¿Yo tu padre...? Tú deliras,  
y lo que dices no miras.

MAURICIO.

(*Aparte reconociendo la intencion de don*

*Lope.*)

¡Ya!

D. LOPE.

Tu padre no soy, no.

D. PEDRO:

Si por tal os deseché  
cuando armado, cuando fuerte  
pudisteis darme la muerte,  
y con horror os miré  
porque el rebelde pendon  
contra mi reina y señora  
enarbolábais, ahora  
es muy distinta ocasion.  
Y vuestro hijo me confieso  
cuando llega ¡trance fuerte!  
la hora horrenda de la muerte,  
y humilde vuestros pies beso.  
(*Arrójase á los pies de don Lope.*)

¡Padre...! ¡padre!

D. LOPE.

(*Levantándole.*) No lo soy. —

¿Y quién fué el impostor, di,  
que decirte pudo á tí...?

D. PEDRO.

Vos mismo, vos.

D. LOPE.

(*Aparte.*) ¡Muerto estoy!

(*Alto.*)

Mentí, tentando engañar  
y deshacer tu firmeza,  
cuando allá en la fortaleza  
no te quise castigar.

D. PEDRO.

Si el corazon me lo dijo

con hondas voces tambien,  
y ahora lo repite, ¿quién  
negará que soy tu hijo?

D. LOPE. Yo. — De escucharte me espanto.  
¿No ves que es accion de loco,  
que el que allá me tuvo en poco,  
ahora aqui me estime en tanto?

D. PEDRO. Siempre mi padre en vos vi.  
Y sabiendo vos quién soy,  
lo que va de ayer á hoy  
conocéis sin duda: sí.

MAURICIO. (*Aparte.*)  
¡Oh qué lucha tan estraña  
de afectos, reconvenciones,  
de verdades, de ficciones,  
en que ninguno se engaña!  
Pero yo que el dueño soy  
del secreto de los dos,  
por vengarme, vive Dios,  
á hacerlo patente voy.  
Como infame al mundo asombre  
de este mozo y de este viejo,  
uno altivo, otro perplejo,  
el considerado nombre.  
Y de ellos, y de Aragon  
se vengue la rabia mia,  
borrándoles este dia  
su mas ilustre blason.

D. LOPE. (*Muy abatido y desfalleciendo por momentos.*)  
¡Ay...! ¡Mancebo...! basta ya.  
Si don Alonso no soy,  
en este sitio en que estoy,  
y en donde ahogándome va  
ya mi dolor, soy un ente  
incomprensible, (*Con esfuerzo.*) que no es  
ni ser pudo aragonés:  
que aqui no tiene pariente.  
Ó el soberbio emperador,  
ó un obscuro aparecido,  
sin nombre, sin apellido,  
y sin familia.

D. PEDRO. (*Abatido.*) ¡Oh rigor

de mi embravecida suerte!

(*Resuelto.*)

Pues que sea ó no vuestro hijo,  
vuestra bendicion exijo  
en esta hora de la muerte.

D. LOPE.

(*Convulso y horrorizado.*)

¿Qué escucho...? ;mi bendicion!!!  
;La bendicion... ;infelice!  
de este ser á quien maldice  
el Eterno...? ;Oh confusion!

(*Cae moribundo en brazos de don Pedro.*)

;Ay...! que me siento morir...  
No puede mi larga edad  
el peso de iniquidad  
que me abruma resistir.

D. PEDRO.

;Padre!!!

D. LOPE.

Ese nombre me ahoga.

Mi corazon se revienta.

A mi Dios voy á dar cuenta...

;ante él por mí quién aboga?

;Quién aboga...? Confesion.

;Ay...! confesion necesito,

y un sacerdote bendito

que me dé la absolucion. (*Queda desmayado.*)

D. PEDRO.

;Cielos...! ;qué horror...! ; Ah...! ;qué es esto?

...Helado está.

MAURICIO.

(*Acercándose.*) Un parasismo.

D. PEDRO.

(*Fuera de sí mirando indignado á Mauricio.*)

Confúndate el hondo abismo.

(*Volviendo á don Lope.*)

;Padre...! ;padre...! auxilio... presto.

(*Acomoda á don Lope en tierra, apoyándolo contra el asiento de piedra, y prodigándole caricias y socorros.*)

MAURICIO.

(*Aparte, con rapidez.*)

Pues por sacerdote á mí

me reputan, que lo soy

me importa asegurar hoy,

por ver si dilato asi

ó evitar logro el castigo.

;Qué tardo en darme por tal...?

(*Acercándose á don Lope con afectada dignidad y en voz alta.*)

- Ved en esta hora fatal,  
rey don Alonso, mi amigo,  
quién puede...
- D. LOPE. (*Volviendo en sí, y rechazándolo con horror.*)  
Aparta, malvado.  
...¿Tú...? ¿tú...? (*Cae moribundo.*)  
¡Dios mio, piedad!!!  
...¡Ay...! mis culpas perdonad...  
(*Tendiendo los brazos á don Pedro.*)  
Perdóname tú, hijo amado. (*Muere.*)
- D. PEDRO. (*De rodillas, y besando fuera de sí una mano de don Lope.*)  
¡Padre...! ¡Señor...! ¡Ay de mí!  
¡Padre...! ¡padre...! Yo con vos...  
(*Reconociendo que está ya muerto.*)  
Ya está en presencia de Dios:  
desventurado nació.  
(*Queda sumergido en el mas profundo dolor.*)
- MAURICIO. (*Aparte.*)  
Murió, sí... Murió el cobarde  
de quien necio confié;  
que el mundo en saber quién fué  
ni un solo momento tarde.  
Quede el hijo deshonorado;  
y entre tanta confusion  
busque mi resolucion  
algun remedio impensado.  
(*Se acerca resuelto á la puerta y dice á voces:*)  
¡Hola...! Guardias, acudid.  
Ved que es muerto el impostor.  
Y tambien su hijo es traidor,  
cómplice suyo.— Venid.
- D. PEDRO. (*Vuelve en sí, se levanta y se arroja sobre Mauricio con una daga desnuda.*)  
¡Malvado! aun tengo esta daga  
que en tu pecho fementido,  
de tanto crimen henchido,  
mi cólera satisfaga.  
(*Hiere á Mauricio.*)
- MAURICIO. (*Cayendo muerto.*)  
¡Ay de mí...! ¡Azagra! — Aragon  
la sangre de Azagra infame



sangre de traidores llame,  
pues estos Azagras son. (*Muere.*)

Ábrense las puertas del calabozo con estruendo, y salen de prisa  
LA REINA, DOÑA ISABEL TORRELLAS, PAGES y  
GUARDIAS.

D.<sup>3</sup> ISABEL. (*Deteniéndose horrorizada.*)

¡Cielos...! ¿Qué miro...? ¡Infelice!

REINA. (*Conteniendo con dignidad su agitacion.*)

¡Don Pedro Azagra aqui está,  
entre cadáveres yertos,  
con un sangriento puñal!!!

¿Qué es esto, don Pedro Azagra?

¡Oh don Pedro Azagra...! Hablad.

D. PEDRO. (*Con entereza.*)

Esto es deplomarse el cielo  
sobre mi frente leal,  
esto es que abierta la tierra  
bajo de mis pies está.

(*Señalando el cadáver de don Lope.*)

Ese decrepito anciano,  
que ahora acaba de espirar,  
ahogado por sus pesares,  
pidiendo al cielo piedad,  
es mi padre.—(*Movimiento general de terror.*)

¡Oh cuán amargo

hace mi estrella fatal  
en mis labios ese nombre  
tan dulce de pronunciar!

—Sí, es mi padre: pues su crimen,  
que yo no puedo borrar,  
no le quitó el ser mi padre,  
para mi afrenta y mi mal.

(*Señalando al cadáver de Mauricio.*)

Y este, que de sus maldades  
ya dando la cuenta está  
ante el Dios de las venganzas  
en su justo tribunal,  
es el monstruo del infierno,  
genio espantoso del mal,  
que alucinando á ese anciano

con su apariencia falaz,  
 le encaminó por la senda  
 de traicion y deslealtad  
 por donde en busca de muerte  
 y escarmiento vino acá,  
 de la mas ilustre sangre  
 el puro brillo á manchar.

Y yo con mi mano misma,  
 y este vengador puñal,  
 su corazon desgarrando,  
 de un solo golpe no mas  
 á vos, á mí, y á mi padre  
 venganza he dado. Mirad.—  
 (*Movimiento general de horror.*)

Y pues de un traidor soy hijo,  
 y pues manchadas estan  
 de sangre hirviente estas losas;  
 que derramé criminal,  
 usurpando á la justicia  
 su accion y su voluntad,  
 cometiendo un homicidio  
 que no quiero disculpar,

(*Hinea una rodilla.*)

que al punto el verdugo tronche  
 este mi cuello mandado  
 cumplircis con la justicia  
 de vuestro cetro real;

y tendrá fin un linaje  
 tan desventurado, y tan  
 aborrecido del cielo,  
 que hundido en el cieno está.

REINA.

¡Oh noble don Pedro Azagra!  
 ...¿Qué pronuciásteis...? Alzad,  
 pues no debe ni un momento  
 postrado en la tierra estar  
 el que de su insigne patria  
 es tan seguro puntal,  
 y de mis santos derechos  
 el mas fuerte capitan.

(*Levantando á don Pedro.*)

Alzad, don Pedro de Azagra,  
 jóven valeroso alzad,

que galardones tan solo  
vuestra reina os ha de dar.

— Al matar á ese perverso  
el brazo fuisteis no mas  
de mi justicia, y declaro  
vuestra accion noble y leal.

Y ese acero, que destila  
cálida sangre, será  
cimera de vuestras armas,  
y un nuevo timbre de hoy mas.

D. PEDRO.

(*Confuso.*) Señora... ¡Señora mia!  
cuál queda mi honra juzgad,  
y que de traidora sangre  
llenas mis venas estan.

REINA.

Es vuestra sangre tan pura  
como la lumbré inmortal  
del sol, que apagar no puede  
pasagera tempestad.

¡Tras de una serie de siglos,  
en que acrisolada está,  
derramándose á torrentes  
en pró de la cristiandad,

qué importa que vuestro padre,  
caduco y demente ya,  
cometiese un negro crimen

de que no fuera capaz  
sin la sugestion maligna  
de ese dragon infernal?

¡Y vos con vuestras proezas,  
vos, desenvainando audaz  
por mis derechos la espada,  
con la noble heroicidad

que vió el mundo, no enmendásteis  
de vuestra sangre el desman?

¡No es este suceso mismo,  
en que con firmeza tal  
las tentaciones mas grandes

que tiene la humanidad,  
los mas tiranos afectos

que encadenan al mortal  
habeis vencido, don Pedro,  
crisol de vuestra lealtad?

— Volved en vos, y miradlo,  
que si es justo vuestro afán,  
no es justo por un delirio  
á todo extremo llegar.

*(Aparte con rapidez.)*

El último esfuerzo hagamos  
porque la tranquilidad  
vuelva á su pecho. La hora  
de mi sacrificio es ya.

*(Alto.)*

Ved pues si estoy decidida  
á que sin posteridad  
de Azagra la noble stirpe  
no quede, porque jamas  
de tan valientes guerreros,  
de magnates tan sin par  
carezca este reino mio,  
la España y la cristiandad,  
que os mando, como señora,  
que al punto y sin replicar  
á doña Isabel Torrrellas

*(Aparte.)*

¡ay, que es mi pecho un volcan!

*(Alto.)*

la deis la mano de esposo:  
cumplid con mi voluntad.

*(Queda don Pedro muy agitado, y como faltándole palabras.)*

D.<sup>a</sup> ISABEL. *(Arrojándose á los pies de la reina.)*

Señora, señora mia.

¡Oh qué angélica bondad!

REINA. *(Levantándola y abrazándola.)*

¡Isabel...! ¡ay...! tú no sabes

lo que en mí pasando está.

Haz feliz á Pedro Azagra,  
que esto es lo que importa mas.

D. PEDRO.

Esclarecida señora,  
reina de Aragon... ¡oh cuán

poderoso es vuestro labio!

¡qué excelsa vuestra bondad...!

*(Accrecándose á doña Isabel.)*

...¡Isabel...! vuestro amor solo

de darme vida es capaz...

(*Separándose de repente de doña Isabel, y con tono resuelto.*) Pero el momento no es este, ni este tampoco el lugar...

(*A la reina con energía.*)

Dentro de un año, señora, obedecida serás.

Ahora parto á la frontera  
nuevos timbres á ganar,  
y á borrar con sangre mora  
de mi sangre la fealdad.

Y cuando triunfante vuelva,  
y de una insigne ciudad,  
por mí arrancada á los moros,  
ponga á vuestra planta real  
las llaves, la mano mia  
con vuestro amparo será  
de doña Isabel Torrellas,  
de esa estrella celestial  
que es de un alma sin ventura  
dueño, vida, luz y paz.

REINA.

(*Aparte.*)

¿Esto escucho...? ¡Ah, desfallezco!

La pena ahogándome va.

(*Alto.*)

Bien, á adquirir nuevos lauros,  
ilustre Azagra, volad.

La victoria y la fortuna  
os vayan siempre detras.

D. PEDRO.

Marcho pues... Dadme, señora,  
la regia mano á besar.

(*Hinca una rodilla, y besa la mano de la reina.*)

¡Isabel...! (*Vase.*)

REINA.

(*Con ansiedad.*)

Volved triunfante;  
por vuestra vida mirad.

(*Aparte.*)

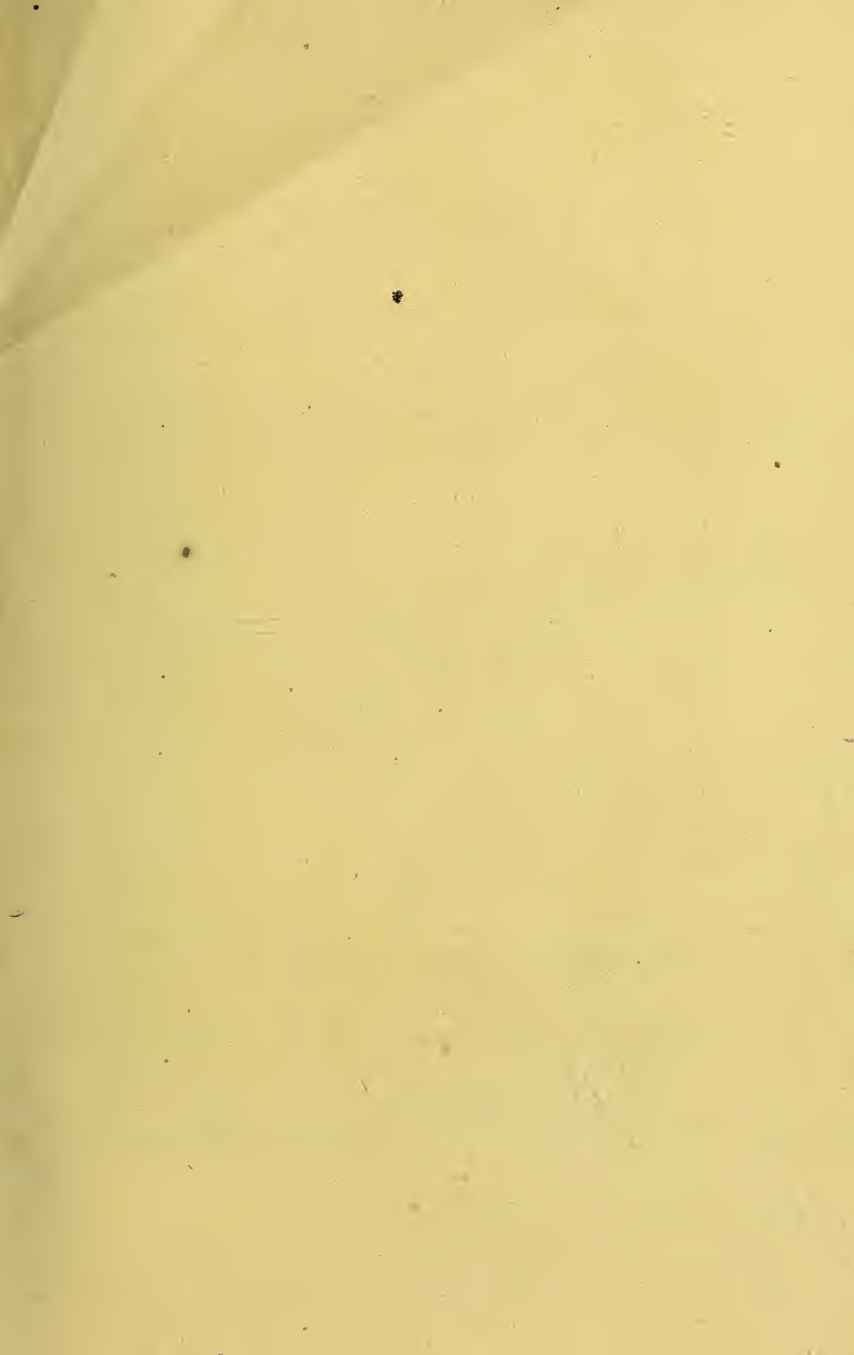
¡Ay de mí desventurada!

No puedo resistir mas.

(*Se apoya desmayada en doña Isabel.—Cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.





*Se halla en Madrid en las librerías de Escamilla, calle de Carretas; en la de Cuesta, frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Alicante.....	<i>Champourcin.</i>
Alcoy.....	<i>Marti Roig.</i>
Badajoz.....	<i>Viuda de Carrillo y sobrinos.</i>
Barcelona.....	<i>Piferrer.</i>
Burgos.....	<i>Arnaiz.</i>
Córdoba.....	<i>Berard.</i>
Cádiz.....	<i>Moraleda.</i>
Coruña.....	<i>Perez.</i>
Granada.....	<i>Sanz.</i>
Habana.....	<i>Urban Ramos y Alegria y Charlain.</i>
Jerez.....	<i>Bueno.</i>
Málaga.....	<i>Viuda de Aguilar</i>
Murcia.....	<i>Tejada.</i>
Orense.....	<i>Novoa.</i>
Oviedo.....	<i>Longoria.</i>
Pamplona.....	<i>Erasun.</i>
Palencia.....	<i>Santos.</i>
Santiago.....	<i>Rey Romero.</i>
Sevilla.....	<i>Caro Cartaya.</i>
Santander.....	<i>Riesgo.</i>
Salamanca.....	<i>Blanco.</i>
Toledo.....	<i>Hernandez.</i>
Valladolid.....	<i>Rodriguez.</i>
Vitoria.....	<i>Hormilugue.</i>
Valencia.....	<i>Navarro.</i>
Zaragoza.....	<i>Yague.</i>

LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 843 5